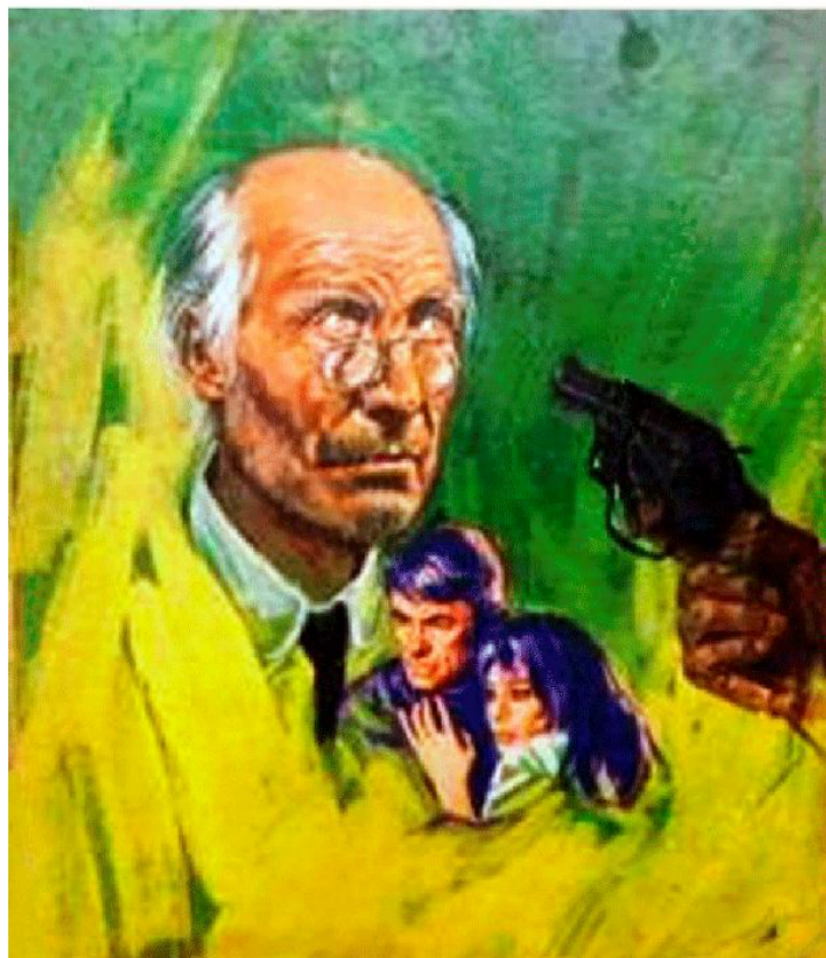


el usurero

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

VIC LOGAN

EL USURERO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 602
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Déposito legal: B 35.923 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1973

© VIC LOGAN - 1973

texto

© JORGE SEMPERE - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.208 —Diario de un hombre asesinado.

En Colección PUNTO ROJO:

599 —Un crimen y... mucha imaginación.

En Colección ASES DEL OESTE:

652 —El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888 —Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

802 —Destino violento.

En Colección BRAVO OESTE:

584 —Parejas de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

864 —Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

766 —Los salvajes de Rio Grande.

CAPÍTULO PRIMERO

A Jacobo Kersten le conocía todo el barrio y muchos otros que no pertenecían a él.

Jacobo tenía su casa en el 42 de Rasmgatte, en las inmediaciones del Soho.

Jacobo —conocido por el viejo usurero— prestaba dinero a cuenta de objetos de valor a cambio de un desorbitado interés. A veces también lo prestaba sin que mediara pignoración de por medio. Esto último lo hacía cuando conocía algún secreto íntimo de la persona que acudía a él. La solución final en este caso era sencilla. Si la víctima no pagaba, Jacobo aireaba el secreto. Claro que en muy contadas ocasiones había tenido que emplear tal sistema. Hay gentes que antes de ver divulgados sus secretos inconfesables llegan hasta el suicidio.

Jacobo era, pues, chantajista también.

Su casa, situada frente al bar de Nelson, popular en el barrio, estaba siempre cerrada a cal y canto. Jacobo recibía a sus clientes en una pequeña estancia de la planta baja y siempre sin testigos. Era necesario citarse de antemano para obtener una entrevista con él.

Se le calculaba una gran fortuna, pero su cuantía era ignorada por todos, porque el viejo jamás depositó un solo penique en el Banco.

¿Desconfianza?

Eso en primer lugar, Jacobo no se fiaba de nadie, por eso raras veces abandonaba su casa. Eran muy pocos los que le habían visto salir a la calle. De la tienda le llevaban las cosas que él mismo guisaba en las horas de comer.

Por otra parte, ingresar dinero en el Banco equivalía a declarar unas entradas que por supuesto pagarían tributos. Jacobo pagaba muy pocos impuestos, pero como jamás hubo ninguna denuncia

contra él en ningún sentido, el viejo seguía con su negocio.

Alto y de rostro más bien enjuto, usaba perilla y abundante melena que resbalaba por los costados de su cabeza. Su pelo grisáceo, feo aunque le daba aspecto de viejo no por eso podía juzgársele la edad. Lo mismo podía tener cincuenta que sesenta años, y además hablaba poco. Muy poco, sólo lo justo para cerrar el negocio.

Tampoco mencionaba nunca el nombre del cliente que tenía delante. Si ya era conocido, examinaba la ficha y luego tasaba a su modo el valor de la mercancía; que se le ofrecía.

Ahora tenía ante sí un camafeo.

—Cien —dijo simplemente.

El cliente no regateó. Asintió simplemente y el usurero tomó la mercancía y se dirigió hacia la caja de seguridad situada tras una cortina de raído terciopelo.

El cliente quedaba siempre al otro lado de un pequeño mostrador que le impedía el paso y que para mayo: seguridad estaba protegido con unos barrotes de hierro que desde el techo concluían empotrados en la madera.

No se podía pasar de ningún modo, porque el hueco practicado a modo de ventanilla era demasiado pequeño y sólo permitía dejar la prenda a pignorar y retirar el dinero.

Pero podía verse perfectamente el interior de la pieza y, por ejemplo, sacar fotografías.

Es lo que hizo el cliente, hombre alto, que visto de espaldas era imposible saber si se trataba de una persona joven o madura.

Para combatir la penumbra de la habitación, el cliente usó un *flash* que relampagueó cuando el viejo regresaba con el dinero en la mano.

—¿Qué hace? —Gruñó al comprender que acababan de sacarle una foto.

El cliente antes de contestar disparó por segunda vez la máquina para obtener un nuevo retrato de Jacobo.

—¡Basta! —exclamó el viejo.

—Es un recuerdo —dijo simplemente el hombre colgando nuevamente la máquina fotográfica de su hombro.

—No me gusta. Aquí tiene sus cien libras. Cinco, diez, quince, veinte, veinticinco...

Media hora más tarde, unas manos hábiles revelaban as fotografías. Cuando el reactivo de la cubeta hizo surgir del blanco papel la ampliación del rostro de Jacobo, el fotógrafo sonrió mientras murmuraba:

—Perfecto.

Sí. Las dos fotografías convenientemente ampliadas de Jacobo Kersten, eran muy aceptables.

Eran las seis de la tarde cuando un par de ojos expertos observaban aquellos retratos.

El hombre que los había estado examinando los dejó sobre la mesa, se quitó las gafas y murmuró:

—Sí. Hay bastante detalle. Puede hacerse lo que usted quiere señor Monroe, pero ésta le costará bastante dinero.

—Estoy dispuesto a pagar —dijo su interlocutor. Era el mismo hombre que había pignorado el camafeo y sacado las fotos del viejo usurero.

—Está bien. Déjeme su número de teléfono y ya le avisaré.

—No. Pasaré yo por aquí. Dentro de una semana. ¿Lo tendrá?

—Haré lo posible —contestó el dueño de la casa.

Su visitante se marchó y poco después al volante de un automóvil gris, se perdió a lo largo de la calle.

En el estudio que acababa de visitar, su propietario volvía a examinar aquellas fotografías.

En derredor, colgadas en las paredes, podían verse varios rostros, máscaras, caretas, confeccionado todo por distintos procedimientos.

En un largo mostrador estaban sus instrumentos de trabajo. Rezas de goma, plástico, rollos de gasa especial, pinturas, cera líquida, colorantes y varios moldes. A la entrada, en la calle, el letrero indicaba:

MULLIGAN —«Plástica»

El cliente de Jacobo detuvo el automóvil al lado de una cabina telefónica y marcó un número de memoria. Cuando la voz le contestó desde el otro lado del hilo, el hombre dijo:

—Soy yo. Todo está en marcha. La semana que viene estará listo.

A una pregunta de su interlocutor el hombre repuso:

—No... De momento será mejor que no nos veamos. Era te avisaré. Sí. Te llamaré por teléfono. De acuerdo. Hasta pronto.

Colgó.

El hombre salió de la cabina y sonrió levemente. Era bueno el plan. Muy bueno, pensó para sí, y seguidamente volvió al coche para ponerlo en marcha y alejarse.

Ya no se detuvo hasta su apartamento de Chelsea, en el 34 de Moore Street.

CAPÍTULO II

Donald Charenton recogió los originales que el editor acababa de devolverle con las palabras de siempre.

—Sí. Sus dibujos están bien. De eso no cabe duda, pero no acaban de adaptarse a nuestro estilo. Compréndalo. Nuestros clientes están acostumbrados a unas formas. Yo no quiero decir que usted no valga, pero si intentara...

Donald Charenton no tomó la molestia de esperar a que el editor continuara.

No podía vivir de buenas palabras y de falsos alientos. Tampoco iba a cambiar de estilo por el capricho de alguien que al fin y al cabo era sólo un negociante.

Donald no negociaba. Era un artista. Un artista con poca suerte, eso sí, pero no pensaba en el dinero, al menos para sí mismo. Claro que a veces las circunstancias, el mundo que le rodeaba y sobre todo las obligaciones le recordaban que no podía vivir solo del arte.

Deambuló por la ciudad cuando el crepúsculo la envolvía ya. Recorrió como un vagabundo las calles céntricas para seguir por los rincones apartados de la city, se reventó caminando. Lo necesitaba.

Entró en una taberna para tomar una cerveza y un bocadillo. Allí encontró a un amigo.

—¿Cómo va eso, Don?

—Como siempre.

—Eso quiere decir que va mal.

—Lo siento por la patrona. Le debo un par de semanas.

El amigo pagó su consumición.

—Deberías pasar por la Galería. A veces salen buenos contratos.

—Pornografía. Eso es lo que hacéis.

—¡Bah! Se complace al cliente. Todo es dibujo. La imaginación la ponen los imbéciles que pagan.

—No me gusta, Charlie.

—Tienes demasiado orgullo —repuso su compañero de pelo rubio y mirada vivaz.

—Me gusta lo que hago. Yo sé que no está mal.

—Y... ¿Doris qué opina?

El compañero le había tocado el punto flaco.

—No hablemos de esto.

—Pero tú querías casarte con ella.

—No se lo he pedido —repuso Donald cortante.

—¿Sigue trabajando en el

Liston's?

—Sí —contestó Donald de mala gana.

—Y tú sigues yendo por allí también. ¿Eh?

—¿Qué es esto, Charlie? ¿Un interrogatorio?

—Perdona, chico. Sólo quería charlar. Estás muy fúnebre esta tarde.

—Gracias por el convite, Charlie, quizá algún día pueda invitarte yo. Y tomaremos champaña en vez de cerveza.

—Hummm. Tienes algo en perspectiva, ¿eh? Cuenta, cuenta.

—No hay nada que contar, Charlie. Adiós.

El dibujante dejó la taberna. Era ya tarde. Le gustara, o no, tendría que hacer lo de tantas veces. Ir al

Liston's.

Liston's

era un local de cierto nombre en las inmediaciones del Soho. No era un sitio de mala fama como otros de los alrededores, pero a Donald no le gustaba el ambiente.

Apenas entró, un *flash* fotográfico le deslumbró. Tras el *flash* se encontraba el bello rostro de una muchacha de pelo negro y ojos grandes. Su silueta favorecida por una falda extremadamente corta podía considerarse casi perfecta. Sugestiva, atrayente, provocativa sin exageraciones.

—¡Hola, hombre! —exclamó la fotógrafo—. Anima esa cara. Hoy hay ambiente.

—Hola, Doris —saludó Donald sin entusiasmo.

—¡Bueno! No me digas lo que te pasa. Lo adivino. Otra vez se te han cargado el trabajo.

—Algún día cambiará mi suerte. —Y Don buscó con la mirada

una mesa libre.

—¿Vienes a trabajar? —preguntó ella.

—Si puedo...

—Hoy han venido turistas, pero está muy lleno y ya sabes cómo es Liston. Hablaré con él.

—¡No, déjalo! No quiero que le pidas ningún favor. Si no quiere que trabaje me largaré y en paz.

—¡Siempre tan susceptible! —exclamó ella contrariada.

—Ya me conoces.

—Tienes demasiado orgullo para ser un pelanas. —Lo soltó así, de repente. El acusó el golpe. La miró con tristeza, lamentando que ella hubiese hablado de aquella forma—. Bueno. No quise decir esto —se excusó al darse cuenta de que había patinado.

—Has dicho la verdad. Con tu permiso. —Y Donald avanzó hacia una de las mesas desocupadas, próximas a un rincón.

Ella quiso seguirle, pero un cliente le hizo una seña para que tomara una foto de la mesa que compartía con sus amigos, dos parejas.

Donald de una carpeta sacó su bloc de dibujo y echó un vistazo general a la sala. Sobre todo a los clientes. Buscaba un buen perfil. Sacaría un boceto rápidamente y luego lo mostraría al interesado.

—¿Le gusta? —preguntaría.

Con suerte el cliente le preguntaría cuánto quería por él, pero la mayoría de las veces los clientes lo rechazarían con un gesto ambiguo.

Donald probó fortuna y falló.

Hizo un segundo intento cuando media docena de personas entraban en el local y Liston en persona daba órdenes a los camareros para acomodarles.

En la mirada que dirigió a la sala, su propietario, un tipo alto con abundante pelo colgándole por la espalda vio a Donald y avanzó hacia él.

—¿Otra vez por aquí? —inquirió.

—Algún día su local tendrá fama —sonrió Donald sin mirarle.

—No será gracias a ti, seguro.

—¿Quiere que me vaya?

—No mientras queden mesas, pero si se llena por completo, ya sabes...

—Sí, Liston. Lo sé —repuso el dibujante concluyendo de abocetar el perfil de otro cliente.

—No te entiendo, muchacho. De veras. Te has empeñado en vivir haciendo monigotes. ¡A tu edad!

—No hago ningún mal a nadie, ¿verdad? ¿Qué le pasa, Liston? ¿Por qué me tiene manía?

—No te tengo manía, pero no me gusta que molestes a los clientes. Si no fuera por Doris...

Ahí concluyó todo el pacifismo del dibujante. Soltó el lápiz y se encaró con el propietario del local.

—¡Oiga! Se lo he repetido muchas veces, Liston. Yo no utilizo a las mujeres para pedir favores. ¿Me entiende? Si quiere echarme écheme, pero no mezcle a Doris en todo esto.

—¡Poco a poco, muchacho! No me gusta que me griten y menos en mi propia casa. Así que...

Le hizo una señal con el índice, pero no pudo continuar porque Doris tras suyo le llamó:

—¡Eh, Max! ¿Puedes venir un momento?

Aquella intervención evitó una escena desagradable, pero Donald se sintió humillado. Notaba la misma sensación cada vez que veía a Doris hablar con aquel hombre, y aún más cuando reían. O cuando él la tomaba familiarmente del brazo y parecía hacerle confidencias que la muchacha aceptaba riendo.

Sin poderlo evitar pegó un puñetazo sobre la mesa y de repente tuvo la sensación de que un par de ojos le miraban atentamente. Se volvió y vio a la propietaria de aquellos ojos.

Era una rubia de estilizada silueta. Tenía un rostro exótico, difícil de describir, pero había un algo extraño en ella, entre lejano y melancólico. Era una faz misteriosa.

La muchacha debía contar unos veintitrés años o poco más. Donald permaneció con los ojos fijos en ella como si algo le impidiera apartarlos. También la mujer le miraba con una leve sonrisa.

—¿Es usted... dibujante? —le preguntó.

Estaba en la mesa de al lado. Había estado oyendo la anterior discusión, pero parecía muy interesada por el trabajo de Donald y alargando su mano hacia el primero de los dibujos de aquella noche murmuró:

—¿Me permite?

Liston y Doris estaban entre las mesas. Donald pudo oír cómo el propietario le decía a la muchacha:

—Bueno, esto marcha solo. Cuando termines iremos a dar una vuelta. ¿Qué te parece? Me gustaría mostrarte mi nuevo estudio.

No pudo oír la respuesta de Doris, pero en cuanto Liston se alejó, el dibujante no pudo contenerse y se levantó disculpándose de la rubia.

—Perdone un momento.

Alcanzó a Doris y la sujetó por el brazo.

—¡Escucha, no me gusta que vayas al estudio de Liston! Conozco a los tipos como él.

—¿Qué te pasa, Don? —inquirió ella—. ¿Es que no puedo elegir a mis amistades?

—Lo haces para fastidiarme, ¿verdad?

—Mira, Don. A mí no me importa lo que tú haces. Max Liston es una buena persona. Me deja trabajar aquí y hasta ha puesto a mi disposición una dependencia para que pueda revelar las fotos. Vivo de esto. ¿No lo sabes? Así que déjame tranquila.

Le dejó para continuar con su trabajo. Don maldijo su vehemencia. Al fin y al cabo no tenía ninguna autoridad sobre Doris y la respuesta le había estado muy bien empleada por meterse donde no le importaba.

Aunque sí le importaba. Y mucho. ¿Pero qué podía ofrecerle a ella?

Volvió a sentarse y vio los ojos de la rubia escrutándole.

—¿Problemas? —preguntó ella.

Donald se encogió de hombros.

La rubia no parecía habladora, pero mostraba una gran comprensión.

—Todo el mundo tiene problemas. Surgen en todas las edades. Nosotros los tenemos de una clase, los mayores de otro estilo.

Había un cierto tono de tristeza en su voz. Don la miró.

—¿Usted tiene problemas?

—¡Quién no!

—¿Un hombre?

Ella sonrió acentuando su tristeza.

—¿Por qué no me saca a bailar?

—¿Quiere?

—No. Pero nos hará bien. A los dos.

Donald se decidió. Aunque sólo fuera por molestar a Doris, o acaso porque necesitaba evadirse.

Dieron algunos pasos por la pista. Doris les vio. Sonrió socarronamente como si estuviera al cabo de la calle, pero en el fondo le sentaba mal aquel acto despectivo.

Donald se mostró torpe. Tenía a una belleza en sus brazos, un cuerpo frágil y sentía el grato perfume de la mujer, pero no estaba allí. Lo estaba materialmente, pero para sus adentros se encontraba lejos. Muy lejos.

La rubia se dio cuenta.

—¿Nos vamos? Quizá después de todo el aire fresco nos siente bien.

—Sí, sí, vámonos.

El recogió sus cosas, luego ambos se dirigieron hacia la salida.

En el bar, un hombre alto, elegante, tomaba un *whisky*. Miró a los dos con alguna insistencia. La rubia lo advirtió y preguntó disimuladamente a Don:

—¿Le conoce?

—¿Eh?

—Ahí. En el mostrador.

El hombre dejó de mirar. Donald hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. ¿Quién es?

—No lo sé. Pensé que podía ser amigo suyo. Nos estaba mirando.

—Seguro que la miraba a usted —repuso el dibujante queriendo ser galante.

Luego caminaron por la desierta calle. Ella insinuó que deseaba irse a casa.

—No tengo coche —adujo el joven.

—¡Oh! Tampoco deseo que me acompañe. Será mejor que nos despedamos.

—Perdone, no me he presentado —repuso él—. Me llamo Donald Charenton.

—Yo Eva. Puede llamarme así, Donald —murmuró la mujer tendiéndole la mano. Su voz seguía sonando triste, igual que la

expresión de su rostro, pero el dibujante si bien lo advirtió no hizo ningún comentario. Ya tenía bastante pensando en su situación.

Luego, al llegar a su casa, media hora más tarde, tropezó con la patrona. Le había estado esperando en el vestíbulo.

—Le siento —tuvo que decir.

—Señor Charenton —exclamó ella agresiva y maternal a la vez—. ¿Cuándo se decidirá a trabajar en serio?

—Discúlpeme. Esta noche no tengo ganas de discutir. Ya le pagaré. No se preocupe. —Y comenzó a subir la escalera. En la tercera planta tenía su estudio. Una sola habitación, con la cama, un lavabo, y su mesa de trabajo llena de apuntes, de bocetos, de dibujos rechazados, y alguna pintura.

Soltó la carpeta que llevaba con los nuevos trabajos rechazados y tras pensarlo decidió salir para llamar desde el teléfono que colgaba en la pared del rellano. Marcó un número y aguardó.

A la misma hora en el

Liston's

el barman anunciaba:

—Llaman por teléfono al señor Monroe. ¿Es alguno de ustedes?

El hombre alto y elegante que había estado observando a Don y a su acompañante al salir, hizo un ademán.

—Yo soy Monroe.

—Le pasaré la comunicación a la cabina —dijo el barman, y al dirigirse hacia donde el empleado le indicaba coincidió con Liston y Doris que se dirigían a la salida. Tropezaron con Monroe. Ella miró al hombre que sonrió levemente para pedir disculpas y proseguir su camino hacia el teléfono.

Luego ya en la calle, Doris comentó:

—Me haces salir hoy, precisamente que había trabajo.

—¡Bah! Ya has trabajado bastante. Además, si lo haces por el dinero yo te daré trabajo en mi estudio.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó ella suspicaz.

—Tranquila, tranquila. Te llevo con buenas intenciones. Quiero hablar de negocios.

—¿Y no podías hacerlo en el bar?

—No, no. Las paredes tienen oídos.

—Estás muy misterioso —sonrió ella.

Subieron al coche. Un descapotable, nuevo.

Ella lanzó un silbido.

—Parece que prosperas.

—Eso es sólo el comienzo. Tengo grandes planes. Tu colaboración puede servirme de mucho.

Cruzaron varias calles desiertas rodeando Picadilly Circus, luego por Oxford Street. Al final llegaron al Chelsea.

En su estudio, Donald insomne se sentó sobre su mesa de trabajo. Abocetaba algo, a ojo. Nada determinado.

Le salió un perfil que le recordaba a Eva. Quiso continuar pero el rostro de la muchacha parecía huir de su imaginación. Contrariado arrugó el papel y lo echó a la repleta papelería.

—¡Maldita sea! ¡Pronto no sabré ni hacer un trazo!

Se levantó. Contempló sus dibujos y enojado los arrojó contra la mesa de trabajo.

En el estudio de Max Liston, Doris en pie junto al ventanal, tras haber escuchado al propietario del apartamento se volvió para negar con la cabeza.

—No, Max. No debías haberme pedido esto. No sabría cómo hacerlo.

—Yo de ti lo pensaría antes de tomar una decisión en firme.

—Max. Tú tampoco deberías mezclarte en esto. Es peligroso. Yo te aprecio y...

—Lo tengo bien calculado, querida. Pero si no quieres... hazte cuenta que no te he dicho nada. Sé que al menos sabrás mantener la boca callada.

Doris no hizo ningún comentario.

CAPÍTULO III

Durante aquella semana el dibujante continuó frecuentando el Liston's y observando cómo las relaciones entre Doris y su propietario parecían ganar en confianza.

Claro que por su parte también había logrado avanzar en su amistad con Eva. Lo había logrado sin proponérselo, pero la rubia solía ir todos los días y de las palabras intrascendentes pasaron a conversaciones más importantes.

Eva se había dado cuenta de que a Donald los ojos se le iban tras de Doris. Y había observado y oído a medias conversaciones un tanto frías entre los dos.

—Debe quererla mucho —murmuró en una ocasión Eva.

—Si hubiese tenido un poco de suerte le habría pedido que se casara conmigo. Ésta es la verdad. Quizá hubiese sido un error —admitió él.

—Esto nunca se sabe. ¿Qué le falta?

—¿No lo ha notado? ¡Dinero!

—Sí, claro. Y supongo que para ganarlo tendría que dejar el dibujo. Y usted no quiere hacerlo.

Tras un silencio que Don no interrumpió, Eva añadió:

—Y hace bien. Cada uno debe seguir su vocación. Cuando se trabaja a gusto las cosas salen perfectas.

—Sé que puedo triunfar en esto. Es cuestión de paciencia —comentó Donald.

—Quizá yo pueda ayudarle.

—¿Usted?

—Puede ganarse algún dinero, pero sobre todo apartar a la chica que quiere de Liston.

—No entiendo.

—Liston es un peligroso rival para usted. Tiene dinero y corteja

a Doris.

—Sí. Es verdad.

—Usted no tiene nada que ofrecerle a su chica.

—¿Y qué me propone usted?

—Desenmascarar a Liston.

—¿Cómo? ¿Conoce usted a Liston?

—Demasiado bien —murmuró la rubia con un brillo furioso en su mirar.

Al hablarle de Liston al que Donald odiaba cordialmente, la conversación le pareció más interesante. Dejó que ella continuara hablando.

—No vine aquí por casualidad. Hace mucho tiempo que busco el modo de pagar a Liston todo el daño que me ha causado.

Continuó:

—El no me conoce. Ignora quién soy, pero al fin le he encontrado y ya no le soltaré. Si le interesa, puedo ofrecerle hasta... dos mil libras.

—No es por el dinero, pero me interesa lo de Liston.

—Vayamos a otro sitio —propuso ella.

El sitio fue un paseo a la vera del Támesis, sin testigos. Donald no tardó en saber los motivos por los que la rubia odiaba al dueño del local.

—Distribuye drogas. Esto ya viene de antiguo. Yo tenía novio. Nos queríamos. Íbamos a casarnos. Fue Liston quien le lió en el asunto, pero esto no fue lo peor. Le había tomado gusto a inyectarse, y acabó muriendo de la más terrible de las maneras.

—¿Y no le denunció a la policía? —preguntó Don.

—¿Con qué pruebas?

—Bueno. La policía ya las buscaría.

—No, Don. Liston es más listo de lo que piensa. El actúa a la sombra. Nunca se le podría probar nada, a menos que...

—A menos... —repitió el dibujante.

—Hay una persona que tiene pruebas contra él. Pruebas concluyentes. Le ofrecí dos mil libras para que me las vendiera, pero se negó. No las vendería por nada, porque de este modo tiene cogido a Liston.

—¿Quién es ese sujeto?

—Un usurero y chantajista de la calle Ramsgatte. Un tal Jacobo

Kersten. ¿Le conoce?

—No, pero sé que algunos han acudido a él en busca de préstamos.

—Jacobó es tan canalla como Liston, pero a mí lo que me interesa son las pruebas.

—¿Y cómo quiere conseguir las?

—Obligando a Jacobó Kersten a que me las venda.

—¿Y aquí... entro yo?

—Necesito ayuda. Durante toda esta semana lo he estado pensando. No sé a quién acudir. Quiero que Liston pague el mal que indirectamente me hizo. Y sólo conozco ese medio. No tengo amigos en Londres.

—Avisé a la policía. Hábleles de ese Kersten.

—Eso no serviría de nada. El viejo lo negaría todo. Mucha gente le protege. Les interesa que no le ocurra nada para no verse envueltos en suciedades. ¿No lo comprende? Es un círculo vicioso. Sólo es posible conseguir esas pruebas a la fuerza.

El dibujante dudó. Aquello no rezaba con él. Era un trabajo de violencia, peligroso.

Claro que si con él conseguía apartar a Doris de Liston...

Eva sacó un sobre de su bolso.

—Tome. Ése es el dinero. Me fío plenamente de usted. Dos mil libras, lo que pensaba dar al usurero.

—No, no, espere. No he dicho que acepte.

—Será fácil. Kersten no es más que un cobarde.

—En cualquier caso usted me está proponiendo que robe esas pruebas.

—Llámelo como quiera. Después de todo aunque no sea legal, hará un favor a la sociedad desarticulando a una banda de traficantes. ¿Quién sabe si con el tiempo Liston convertiría a Doris en una drogadicta?

—Sigo pensando en que el mejor camino es el de avisar a la policía.

—Ya le he dicho que no serviría de nada. ¡Oh! Ya veo que me equivoqué con usted. Lo siento. Buscaré a otra persona. No hablemos más...

—Espere. Déjeme que lo piense al menos... ¿Nos veremos mañana?

Ella dudó. Parecía tener prisa, pero al fin asintió.

—Está bien. Comprendo que mi petición le haya sorprendido. La verdad es que yo también tengo un poco de miedo... pero lo haría. Lo haría sola si pudiera pero necesito a otra persona. No es fácil entrar en aquella casa. Ya lo verá... si se decide.

Aquella noche Donald regresó al
Liston's

pero no entró. Esperó a que Doris saliera. Primero quería hablar con ella.

Tuvo que esperar bastante. Luego cuando las luces se apagaron tras haberse marchado ya los últimos clientes escuchó su risa. Doris salía acompañada de Liston. El reía también.

El luminoso de la puerta se había apagado y la luz del farol más próximo dejaba medio a oscuras aquella parte de la acera.

Liston se abrazó a la muchacha para besarla. Ella sonreía.

—¡Oh, no seas pesado! ¿Qué te ocurre esta noche?

—Me gustas...

Consiguió besarla y ella no opuso gran resistencia, como si no le diese demasiada importancia.

Al dibujante se le crisparon las manos al ser testigo de aquella escena.

Luego les oyó hablar en voz baja. El seguía en el callejón contiguo. No quería armar ningún escándalo. Esperaría.

—Otro beso y buenas noches...

—¡Oh! ¿No quedamos en que me acompañarías a casa?

—Tengo un poco de prisa. La verdad es que hubiera querido invitarte al estudio, pero hoy no puede ser.

—¡Vaya frescura! ¿Y crees que hubiese aceptado?

Liston sonrió.

—Claro que sí. Ya sabes que tengo buena música.

La segunda vez no consiguió besarla, y cuando ya iba a meterse en el auto dijo en voz alta:

—Toma un taxi. Corre de mi cuenta. ¿Eh?

Ella se encogió de hombros y se volvió mientras Liston ponía en marcha el auto.

Fue entonces cuando vio la silueta del hombre. Al principio arrugó el ceño, hasta que la débil luz dio en el rostro de Don.

—¡Vaya! ¿Ahora te dedicas a espiarme? —protestó.

—No te estaba espiando. Te esperaba simplemente. Tengo algo que decirte.

—Mira. Estoy un poco cansada.

—No lo estabas el otro día cuando fuiste al estudio de Liston...

—Dices que no me espías, ¿eh?

—Doris... Sabes cuánto significas para mí. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Oh, Don, no empecemos!

—Yo no puedo ofrecerte nada... Pero quedamos en que cuando las cosas cambiaran hablaríamos en serio.

—¿Te ha tocado una quiniela?

—No bromees... Podría conseguir algún dinero... Pero lo que quiero es un trabajo fijo.

Caminaban poco a poco.

—Don, por favor. No me cuentes tus penas otra vez. En serio. Estoy cansada. Escucha. Te deseo toda la suerte del mundo, pero me molesta que me espíes...

—Quiero librarte de Liston.

—¡Qué manía le has cogido!

—Es una mala persona. Ahora lo sé seguro. Puede acarrearle más de un disgusto.

Ella lanzó un bufido de resignación.

—Escúchame, Doris. Liston está mezclado en un asunto de drogas.

Ella se volvió, interesándose de pronto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Eso no importa. Lo sé...

—Mira, no te metas a detective. Esto no te va. Y puede que fueras tú quién saldría perdiendo.

—Es que tú... ¿Sabes algo también?

—¡No! —repuso ella con demasiada vehemencia. Don comprendió que mentía.

—¡Doris! No te habrá mezclado...

—Don. Sé cuidar de mí misma.

—¿Lo sabías?

—Está bien, me lo dijo la otra noche. Me propuso que... ¡Oh! No sé por qué te cuento nada. Prometí guardar el secreto.

—¿Guardar el secreto? ¿No comprendes que...?

—Escucha, Don —cortó ella—. A mí esto no me atañe. Yo saco fotografías en su local. Su vida privada, sus negocios no me importan. El me deja trabajar, no me pide nada. ¡Nada en ningún sentido! ¿Te enteras?

—Pero te propuso que colaboraras en lo de las drogas...

Tras un silencio ella murmuró:

—Sí. Me lo propuso, pero me negué. Y no ha vuelto a insistir... Pero ahora escúchame bien, de eso a delatarle, nada. Yo no soy de la sociedad protectora de la moral. Al fin y al cabo si vende porquerías de éstas es porque hay idiotas que las compren. Nadie obliga a que la gente las compre. Pues bien, yo no sé nada. Pero si fuera de esos que echan el grito en el cielo y abriera la boca, dudo que viviese mucho tiempo. Supongo que Liston no está solo en esto. Y conste que no sé nada, pero he visto demasiadas películas y he leído demasiados reportajes para saber que esa gente no perdona. Así que mi consejo es que no te mezcles en esto. Y si piensas denunciar a Liston encarga primero tu funeral... ¡Qué manía!

—Yo sólo quería... —empezó él.

Ella le miró a los ojos. Se detuvieron.

—Vuelve con tus dibujos. Algún día las cosas te saldrán bien.

—Te doy lástima, ¿verdad?

—¡Hijo! Todo lo tomas por lo trágico.

—¡Deja a Liston!

—¡Basta ya de darme órdenes! —Temperamental, Doris, le costaba poco elevar el tono de su voz, gritar hasta si era preciso.

—¡Te estoy hablando por tu bien!

—Sé cuidarme sola...

—Lo dudo. Te estoy advirtiendo y lo que haces es gritar como una loca.

—¡Y tú portarte como un chiquillo! ¡Vete, déjame en paz!

—Está bien. Ya me he hartado de suplicar. Me iré. Yo ya te he advertido. Tú sola serás la responsable de lo que te ocurra.

—¡Muy bien! ¡Adiós!

Don dio media vuelta no sin antes decir:

—Serás tú quien vendrás a buscarme algún día, porque yo no pienso hacerlo nunca. Tú lo has querido.

La dejó plantada.

Ella se quedó rabiosa hasta que detuvo dando voces el primer

taxi libre.

En el fondo le dolía haber gritado, le sabía mal terminar su amistad con el dibujante, porque si..., porque ella también sentía algo más profundo por él, pero no podía evitar ser como era. Amaba la libertad. Hacer lo que le venía en gana. Y sobre todo no admitía órdenes...

Durante el trayecto pensó en aquello y las advertencias de Don que no estaban faltas de razón.

Don, por su parte, con un humor de todos los diablos se repetía una y otra vez:

—¡Al infierno con ella! ¡Maldita sea...!

Pero tampoco sentía lo que estaba diciendo, y aquella noche aun sin proponérselo ya había tomado una decisión.

—Mañana me pondré de acuerdo con Eva...

CAPÍTULO IV

La noche era húmeda y desacostumbradamente brumosa.

El automóvil color gris se detuvo frente al portal del estudio de Plástica.

El hombre llamó al timbre y aguardó a que Mulligan le abriera la puerta.

—¡Ah! ¿Es usted? Es muy tarde.

—No he podido venir antes, por eso le llamé por teléfono. ¿Tiene ya mi encargo?

—Sí, pase...

El cliente traspuso el umbral de la puerta. El estudio estaba en la penumbra como siempre y Mulligan se hallaba solo.

—¿No tiene empleados?

—Sólo un par de aprendices, vienen por las mañanas, pero el trabajo lo hago yo. Esto es más difícil de lo que parece.

Sobre el mostrador estaban las dos fotografías, junto a ellas una máscara completa, con pelo y perilla grisáceos.

—Ahí lo tiene... —Y tomó las fotos en sus manos—. ¿Quiere probarse? Así verá el resultado. Le ayudaré.

Esto tiene que ir pegado con una goma especial, pero para ver el efecto no hará falta sujetarlo.

Ayudó a su visitante a colocarse la máscara, luego le indicó un espejo y dio la luz adecuada para que pudiera ver su aspecto.

El visitante, con la máscara quedó automáticamente convertido en el usurero y chantajista Jacobo Kersten.

—Las arrugas se irán en cuanto se pegue bien —dijo Mulligan a su cliente al tiempo que le mostraba las fotos, colocándolas junto al espejo para que pudiera apreciar el parecido.

—¿Qué le parece?

—Asombroso...

—Bueno. Podría perfeccionarse, pero hacen falta más detalles,

como por ejemplo, la muestra del cabello para hacerla idéntica y la medida real del rostro del original para que todo quede a escala, pero para gastar una broma creo que saldrá del paso.

—Es mucho más de lo que yo esperaba.

—Me alegro, pero esta broma le va a costar cara.

—No se preocupe por el dinero. Aquí está. —Y el desconocido con el rostro de Jacobo Kersten sacó un sobre de su bolsillo y lo tendió a Mulligan—. Es lo convenido.

—Bueno, quítese eso y se lo envolveré.

—No, no, mejor colóquemelo. Usted lo hará mejor que yo.

—Bueno, venga conmigo... —Iba a guardar las fotos en un cajón, pero el cliente hizo ademán de impedirlo.

—No... Prefiero que me las devuelva.

—Es que suelo guardarlas para mi archivo. Le devolveré una, si quiere.

—Las dos... —insistió el cliente.

—Humm... Si insiste. —Dudó un poco, pero al fin Mulligan le entregó los retratos.

—Quisiera estar seguro de su... digamos discreción.

—Bueno, el mío no es ningún trabajo secreto, pero no suelo dar explicaciones.

—¿Y sus aprendices?

—Ellos sólo hacen cosas secundarias... ¿Le pongo la máscara?

—Sí, sí. Desde luego.

Mulligan se entregó a la nada fácil tarea de acopiar plenamente la mascarilla al rostro de su cliente. Lo hizo como un maquillador de cine, experto en la materia.

Empleó casi media hora en convertir el rostro del visitante en la auténtica faz del viejo usurero.

El material empleado imitaba tan a la perfección la piel humana que ni aun acercándose mucho podía adivinarse el engaño, y menos en la penumbra en que se encontraban una vez ya Mulligan hubo concluido.

—¿Qué le parece?

—Es fantástico... De veras. Le felicito.

—Bien. Estoy a su disposición si necesita otro encargo más por el estilo.

En Hyde Park, la bruma recordaba las películas de Jack *el Destripador*, la luz de las farolas apenas podían taladrar el espeso puré de guisantes londinense, pese a que en los últimos tiempos, las modernas instalaciones para evitar la contaminación habían terminado con aquella niebla y la gente empezaba a olvidarse de ella.

Morton, consultó su reloj con alguna dificultad. Eran las 8,30 y decidió terminar la espera.

Fue entonces cuando la voz le llamó.

—¿Morton?

El hombre se volvió. Era un tipo joven, de aspecto dinámico y deportivo. El que le había llamado era... Jacobo Kersten.

—Ha tardado usted.

—Lo sé.

—¿Por qué me citó aquí, señor Kersten?

—Ya se lo dije por teléfono.

—Sí... sí... Por temor a que le sigan y todas esas cosas, pero...

—Cuando me cito con alguien, me gusta tener la certeza de que no nos escuchan.

—Desconfiado, ¿eh?

—Hablemos de lo nuestro. —Kersten cuál era su costumbre iba directamente al asunto. Sin preámbulos.

—He oído hablar de usted.

—Así sabrá que tengo muchos enemigos.

—Bueno... ¿Y usted teme a alguno en particular?

—No, simplemente temo. Sé que planean algo contra mí.

—Ya. ¿Quién?

—Si lo supiera sabría cómo defenderme.

—Quiere que guarden sus espaldas, ¿eh?

—Simplemente que vigile mi casa. Pero no se le ocurra entrar nunca en ella. Usted y yo nos conocemos.

—No le interesa que la policía husmee, ¿eh?

—No. En atención a mis clientes.

—Pero cualquiera de ellos puede ser su enemigo.

—Tal vez.

—Si teme que atenten contra su vida. ¿No estaría mejor en su oficina?

—No. Usted observará desde el bar que hay enfrente. Vigile bien

a las personas que vayan a ese bar, sobre todo si alguna parece tomarse interés por mi casa. Ya le digo que se está planeando algo... Le explicaré más o menos lo que deseo...

Eva acudió al
Liston's

como todas las noches, pero no llegó a entrar. Donald había estado aguardándola fuera y al verla acudió a su encuentro.

—Vamos a otro sitio. Será mejor —dijo simplemente el dibujante.

Poco después se sentaban ante la mesa de otro bar. Eva se limitó a murmurar:

—Sabía que aceptaría usted, Don. Y créame que no se arrepentirá.

—Eso espero. Ahora explíqueme su plan.

Para Eva todo era muy sencillo en teoría. Donald escuchó en silencio.

Doris estaba de un humor de mil demonios y, cosa extraña en ella, aquella noche dejó el trabajo mucho antes de que se cerrara el local.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Liston.

—No, gracias —repuso ella secamente. No tenía ganas de hablar con nadie y Liston no insistió porque él también tenía prisa.

Doris intentó ver a Donald. En realidad le costó decidirse, pero al fin se dijo que era mejor acabar con la tirantez antes de que fuese demasiado tarde.

Llamó a Donald por teléfono, pero la patrona le informó que no le había visto. Cuando efectuó la segunda llamada tampoco estaba y Doris ya no insistió.

—¡Si se está divirtiendo con otra, mejor! —exclamó exteriorizando su mal humor y echando contra la pared del saloncito de su apartamento una revista gráfica. El semanario quedó abierto sobre una butaca y dejó al descubierto una foto. Casi sin darse cuenta, Doris sintió cierta curiosidad repentina, quizá por un rostro que le había llamado la atención. Era buena fisonomista. Lo había sido siempre y mejoró aún más al dedicarse a la fotografía.

Tomó de nuevo la revista y fijó toda su atención en el retrato. Ahora ya sabía qué era lo que le hizo fijarse en ella. El hombre

mezclado con los demás invitados de una fiesta. Lo había visto en el club una o dos veces.

El hombre era Monroe, y los varios retratos correspondían a una velada *hippy* celebrada en Kent.

Volvió a mirar fijamente a Monroe, y al fin, encogiéndose de hombros dejó la revista.

Monroe abrió la puerta de su apartamento para dar paso a Max Liston.

Max parecía haber perdido su humor habitual. Su forma de tratar a Monroe indicaba un cierto grado de superioridad.

—Te dije que no quería verte por mi local.

—Sólo un par de veces...

—Ni un par ni una sola... Esto quedó bien claro. Empiezas a ser demasiado popular entre cierta clase de gente. No quiero complicaciones.

—No te preocupes, Max, pienso largarme pronto. Y no olvido mi deuda. Mil libras. Las tendrás uno de esos días.

—No he venido por eso.

—Yo siempre pago mis deudas, Max.

—Yo no quiero que me pagues, Monroe, únicamente que sigas haciendo lo que hacías hasta ahora.

—No, no. Esto se acabó. Tú mismo acabas de recordarme que empiezo a ser demasiado conocido.

—Puedes operar fuera de aquí. Yo te haré llegar la mercancía.

—Dije que se acabó y se acabó. Ya ves. Un año distribuyendo «hierba» y mis bolsillos están vacíos.

—Porque no sabes ahorrar.

—Porque el beneficio es sólo para algunos. Los que corremos más peligro somos los peor pagados. Ahora lo que haga lo haré por mí mismo y me quedará con el cien por cien.

—Monroe... Quiero prevenirte, por eso he venido. A la organización no le gustan las deserciones. Son ellos los que deciden.

—Pues dile a tu organización que Bruce Monroe no acepta imposiciones. Me largo y en paz.

—Está bien, Monroe. Tendrás que atenerte a las consecuencias. Estás advertido.

Liston salió de la casa y apenas lo hubo hecho Monroe saltó

hacia el teléfono y marcó nerviosamente un número.

El detective privado Morton consultó su reloj y seguidamente concluyó su cerveza.

—Bueno —dijo al barman—. Me largo. Es mi hora. Voy a pagarle el bocadillo de antes y todo lo que he bebido.

El barman echó una ojeada a la casa del otro lado de la calle. Era el 42 de Ramsgatte, la fortaleza del viejo Jacobo Kersten.

—No soy curioso, amigo... Pero ¿es usted policía?

—No.

—No ha cesado de mirar la casa del viejo.

—Va a tenerme aquí unos cuantos días. Es un trabajo extraño y como es lógico que llame su atención es mejor que lo sepa, pero no lo diga por ahí, ¿eh? —dejó un billete de cinco libras y añadió—: Guárdese la vuelta. Y hágame un favor. Si quiere ganarse buenas propinas fíjese en la clientela. Si viene alguien que no es habitual, indíquemelo. —Y dejó otras cinco libras sobre el mostrador—. Esto —dijo—. Es por si alguna vez se me olvida pagar.

El barman sonrió y su cliente, el detective Morton decidió dar por terminado su primer día de trabajo.

Antes de marcharse sonó el teléfono. Una voz preguntó por él, y el barman tuvo tiempo de llamarle.

Morton se puso al habla y la voz informó:

—Soy quien usted ya sabe.

—Señor...

—Nada de nombres —cortó la voz del usurero—. Le he visto a través de la ventana. No. No mire. Usted no podrá verme a mí.

—Bien. ¿Qué quiere?

—Sólo decirle que puede usted marcharse.

—Iba a hacerlo, pero gracias por decírmelo usted.

—Hasta mañana, Morton —y el viejo colgó.

CAPÍTULO V

Morton estaba a punto de cumplir su siguiente media jornada de trabajo. Eran las doce y pico del mediodía y pidió un bocadillo y una cerveza.

En la esquina anterior al bar se detuvo un taxi. Llevaba dos pasajeros, Eva y Donald.

Ella con unas gafas oscuras y una pamelita con el ala muy baja disimulaba bastante bien su rostro. Hablaba en voz queda:

—Es la casa que está frente al bar. Quiero que se fije bien en ella. Sobre todo en la segunda ventana de la calle. Será desde donde le haré la señal.

—¿Y... tiene que ser esta tarde?

—Sí. Cuanto antes. Ande, vaya, Don. Tiene que familiarizarse con él edificio.

—Sí, sí...

Ella sonrió con cierta amargura y luego aproximó sus labios a la mejilla del joven para besarle suavemente.

Cuando Don bajó, el taxi siguió con la muchacha sola en su interior.

El dibujante andó hasta el bar. No podía evitar un cierto nerviosismo que tampoco trataba de ocultar. Se detuvo para observar la casa.

Morton, desde el alto taburete del mostrador y tragándose el bocadillo que el barman le había preparado, se fijó un momento en Donald que en aquel momento le daba la espalda.

Donald dio unos pasos hacia delante y luego retrocedió. No había el menor disimulo en sus gestos. Seguía mirando hacia la casa.

El detective estiró el cuello para intentar descubrir al mirón que seguía dándole la espalda.

No tuvo que esforzarse mucho porque Donald dio la vuelta

decidido a entrar en el bar.

El detective volvió la mirada a su bocadillo. Donald ocupó un taburete a su lado y al acercarse el barman pidió:

—Un... *whisky*.

—No servimos *whisky* a estas horas, señor.

—Pues... una cerveza. Cualquiera cosa. —Se volvió, su mirada se cruzó con la del detective que frunciendo el entrecejo, acabó por sonreír ampliamente.

Donald apenas se dio cuenta, luego sí, y sus ojos se agrandaron.

—¡Morton! Tú... eres Morton, ¿eh?

—¡Claro! Y tú el pintamonas de Don Charenton.

Las sonrisas se volvieron risas, aunque el más entusiasmado era el detective. Donald no había logrado sacudirse aquel aspecto de nerviosidad, de impaciencia.

—¿Qué demonios haces tú por aquí? ¿Es que vives en este barrio? —inquirió al fin el dibujante.

—No, no, estaba por aquí y entré. ¿Y tú?

—Pues yo... Yo también paseaba —pero a diferencia del detective, Don lo dijo de un modo que no podía ocultar que mentía. Al menos no podía ocultarlo a un hombre sagaz como Waldo Morton que a pesar de su juventud, la misma edad aproximadamente que Donald—, la profesión le había despertado todavía más sus de por sí ya, muy buenos reflejos.

—Bueno... ¿Qué es de tu vida? Por lo menos hacía dos años que no nos veíamos y aún creo que fue otro encuentro casual.

—Sí. La verdad es que desde la despedida de la Universidad... me he relacionado poco. Al principio todo son planes, pero luego...

—Sí. La vida impone su dictadura —sonrió Morton—. Y cada cual a lo suyo. ¿Tú sigues pintando?

—Lo mío es el dibujo. No se puede decir que haya tenido suerte hasta ahora. —Y volvió la mirada hacia la casa de enfrente que desde la barra y a través de la puerta de cristales del bar podía ver perfectamente.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Morton.

—No, no...

—Bueno... como miras hacia aquel lado. Pensé que...

—No es que... Bueno. No sé...

—Los artistas siempre andáis despistados —sonrió Morton.

—Será eso. Bueno. Celebro haberte encontrado. Quizá nos veamos otro día... Adiós, Morton.

Era tal su aturdimiento que se marchó sin probar la cerveza que el barman le había puesto.

—¿Amigo suyo? —inquirió el del bar.

—Compañero de la Universidad. ¿Viene a menudo?

—Es la primera vez que yo recuerde.

—Parece que estaba muy nervioso —dijo Morton.

Al del bar tampoco le pasó inadvertido el detalle.

Había oscurecido ya, cuando la sinuosa morena portadora de un maxiabrigo muy ajustado al cuerpo y abierto por detrás, se apeó del taxi en la estación de *Charing Cross*.

Don llevaba algún tiempo aguardando y no se fijó demasiado en la mujer hasta que ésta llamó su atención.

—¡Eh, Don!

El dibujante la reconoció por la voz.

—¡Eva! No la conocía así...

—¿El pelo? Es una peluca, por lo que pueda ocurrir. El viejo no se fía mucho de mí.

—¿Tenemos que ir ahora? —preguntó él.

—Sí, Don. Venga.

Eligieron un rincón. Nadie podía verles. Ella abrió el bolso y le dio un sobre.

—El dinero. Acéptelo.

—¿Y si algo falla?

—Saldrá bien —sonrió ella—. ¡Ah! Tome.

Su enguantada mano extrajo un revólver del calibre 22. El fue reacio a tomarlo.

—¿Es necesario?

—Será la única forma de convencerle, pero no tema.

No tendrá que usarlo. Ya le dije que el viejo en el fondo no es más que un cobarde.

—Pero si se niega a abrir la caja.

—Cuando se vea amenazado no se negará. En cualquier caso yo no le pido que utilice el arma. Eso no. A menos que tuviéramos que defendernos. —Y tras un silencio Eva preguntó—: ¿Ha vuelto a ver a Doris?

—No.

—Bueno. Es la hora. Vamos. Usted aguarde en el bar. Ya sabe. Le haré la señal desde la ventana. Con esto. Dos veces. —Y mostró una linterna en forma de lapicero, pequeñita, pero potente—. Ocurra lo que ocurra no entre si yo no le he hecho la señal. Encontrará la puerta abierta.

Y antes de marcharse, casi a modo de despedida, Eva besó de nuevo la mejilla del joven. Luego se alejó. Era lo acordado de antemano.

Don admiró el valor y la decisión de aquella muchacha y ya no quiso preguntarse si lo que hacía estaba bien o no. Con tal de desenmascarar a Liston lo demás no parecía importarle.

A pie, cruzando la Trafalgar Square y cruzando por delante de la National Gallery llegó en escasos minutos a Coventry St. De allí hasta Ramsgatte, conociendo bien las calles sólo había cinco minutos.

Cada vez con mayor decisión, el dibujante avanzaba hacia su destino.

Estaba ya cerca del bar.

Morton acababa de tomarse un café y murmuró:

—Voy al lavabo.

El barman repuso:

—Ya conoce el camino.

Apenas Morton había desaparecido detrás de la cortina que comunicaba con los servicios entró Donald en el bar y pidió una cerveza.

—¿Se la va a tomar? —sonrió quisquilloso el *barman*.

—¿Eh? —inquirió Don que no comprendía la doble intención de la pregunta.

—Era una broma —comentó el barman y Donald con la idea fija en la casa de enfrente no vio cómo al moverse la cortina del fondo reaparecía Morton a quien el del bar le hizo una rápida seña con la cabeza.

El detective se escondió rápidamente. Un momento más tarde el del bar murmuraba:

—Es su amigo de esta mañana. No le quita ojo a la casa del viejo.

—Hummm... ¿En qué diablos acabará todo esto?

—¿Por qué no le preguntas qué es lo que busca?

—No, no. Si oculta algo tampoco me lo diría. Le vigilaré desde aquí.

En el mostrador, Donald consultó el reloj. Los minutos le parecían más lentos que nunca. Se sentía agitado, aunque trataba de dominarse.

Palpó el bulto del revólver que le había facilitado Eva y luego el bolsillo interior de la chaqueta donde había guardado el sobre con el dinero. Dos mil libras.

Con dos mil libras se pueden hacer bastantes cosas. Casarse tal vez y buscar trabajo en serio o seguir probando con el dibujo y mientras se puede vivir. Bueno. En todo caso ya lo decidiría.

De pronto sus pensamientos quedaron bruscamente interrumpidos. La señal acababa de aparecer un momento tras la ventana que Eva le había indicado. El postigo se había abierto ligeramente para dar paso a la luz fugaz.

El dibujante pagó su consumición que sólo había tomado a medias y salió del bar.

Morton, que por un resquicio de la cortina había estado observando al excompañero de Universidad, salió y avanzó hacia la puerta. Ya no le cupo la menor duda de que Donald iba a entrar en casa del usurero.

Pensó unos instantes y sin dudarle saltó hacia el teléfono.

«Pase lo que pase no me llame para nada a mi casa», le había dicho el usurero, pero Morton llamó ante la expectante mirada del dueño del bar.

Como había tomado la precaución de buscar en la guía el número de Jacobo Kersten, por si acaso... Sólo perdió el tiempo de consultarle en su agenda y marcar.

Don abrió ya la puerta de la casa del anticuario. El timbre del teléfono sonaba.

Jacobo en la oscuridad descolgó:

—Le dije que no me llamara —repuso y colgó rápidamente.

Donald estaba ya en el pequeño vestíbulo del piso bajo. Delante de él tenía una puerta que daba a la misma planta y la escalera que subía hasta los pisos superiores.

Cerró la entrada y se volvió hacia la izquierda donde estaba la estancia con el mostrador y las rejas que era donde el usurero

recibía a la clientela. Era el punto hacia el que, según las instrucciones de Eva, debía dirigirse. Y así lo hizo.

CAPÍTULO VI

El silencio era absoluto y la oscuridad apenas rota por la débil luz de una lámpara de sobremesa, daba al lugar un aspecto siniestro.

Donald esperaba ver aparecer a Eva por lo menos, pero...

Para quien nunca, como el dibujante, ha creído en superhombres creados por la fantasía de escritores o novelistas, lo que sucedió a continuación le dio plenamente la razón.

Eva apareció, pero apareció delante del viejo usurero y extorsionista.

Jacobo Kersten sujetaba a la muchacha al mismo tiempo que la estaba encañonando con un revólver.

—¿Eeeeh? —exclamó Donald.

La voz del viejo espetó:

—Os estaba esperando... Lo sabía... Sabía que ella no vendría sola. ¡Malditos seáis! Queríais aprovecharos de mí, ¿verdad?

—Sue... suéltela —balbució el dibujante.

—Entra tu primero... Quiero tenerte cerca —repuso el viejo.

Y ante la indecisión de Donald, el viejo insistió:

—Empuja la puerta que hay debajo del mostrador. ¡Vamos! Date prisa, inclínate. Es ahí. La puerta está ahí.

El dibujante observó la madera del mostrador, había en realidad una puerta baja, ligeramente entornada.

—¡Entra! —insistió el prestamista.

Donald, sin dudarle, obedeció mientras Jacobo retrocedía sin soltar a Eva y sin dejarla de encañonar.

El dibujante pasó al otro lado.

—Déjela, por favor. Te... tengo dos mil libras. Se las daré. Olvídense de nosotros.

El prestamista sonrió.

—¡Qué fácil!, ¿eh? Veníais a robarme y ahora estáis implorando

los dos.

Ella se mantenía en silencio, con el rostro asustado.

—Necesitamos unos documentos —repuso Donald.

—Ésa no es la mejor forma de conseguirlos. ¿Qué haréis ahora, eh? ¿Qué excusa tenéis? ¡Vaya par de imbéciles!

Donald crispó las manos. Estaba nervioso, pero no asustado. Sentía aversión por aquel viejo repugnante y además lamentaba la situación ridícula en la que se encontraba. Se despreciaba a sí mismo por su falta de bríos. Aquel maldito viejo le había vencido...

De pronto, la muchacha le facilitó las cosas. De un tirón se desprendió de Jacobo.

—¡El revólver, Don! —gritó.

El viejo reaccionó con inusitada agilidad. Disparó. La muchacha lanzó un grito.

El revólver del usurero se volvió hacia el joven para cubrir sus posibilidades.

La lucha a una distancia de tres metros era a quemarropa. El dibujante comprendió la gravedad de la situación. Era una de aquellas circunstancias en las que la vida está en juego, y sacó rápidamente el revólver de calibre 22.

El usurero había disparado por segunda vez y el estampido retumbó en la estancia.

Ella —Eva— estaba tendida en el suelo.

Donald lo vio todo fugazmente. Sus reflejos reaccionaron rápidos. Ahora ya no era un artista metido a aventurero, era simplemente un hombre que intentaba salvar la vida porque el viejo disparó nuevamente contra él.

Sin dudarlo, Don hizo uso de su arma. Una, dos veces... El viejo se retorció, pero volvió a disparar. Donald creyó oír el aire de la bala muy cerca de su cabeza. Ignoraba cómo su enemigo había podido fallar, pero él continuó disparando.

Era un momento desesperado, crucial.

El usurero se tambaleó. Había sido alcanzado por uno de los disparos.

Donald disparó una vez más. Estupefacto, inmóvil, vio cómo su antagonista terminaba arrodillado para caer definitivamente de bruces.

En un instante reaccionó.

Ella seguía en el suelo.

—¡Eva!

Con algún trabajo la muchacha se incorporó.

—¿Estás herida? —inquirió Donald.

—Sí... Un rasguño. Tenemos que marcharnos. Por arriba. Por el tejado.

—Pero... —Donald dudaba. Tenía ante sí el cuerpo del usurero tendido en el suelo y el revólver, el arma homicida en las manos. La soltó como si se tratara de un hierro candente.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Vamos, vamos... Quizá hayan oído los disparos... —repuso ella.

Las gruesas paredes del edificio habían impedido que los escasos transeúntes pudieran oír claramente los estampidos. Acaso un ruido, pero nadie hace caso de ruidos. La televisión también los produce.

Por ejemplo, en el bar desde donde seguía el detective Morton la televisión estaba dando una película del Far West. Era el final y crepitaban los revólveres.

Morton, sin embargo, no estaba pendiente de la pantalla, sino de la casa de enfrente. Había visto entrar a su compañero de Universidad y estaba intrigado, preguntándose lo qué iba a suceder.

El barman ojeaba la televisión y fregaba algunos vasos.

En el interior de la casa y ante el cuerpo tendido del viejo, el dibujante exclamaba:

—Le he matado...

—Hubiera terminado con los dos... ¡Vamos! Tenemos que huir antes de que nos descubran —repuso ella.

Donald parecía vivir aletargado. Miraba incrédulo la forma humana tendida en el suelo.

—Está bien. Si no quiere marcharse, allá usted —espetó la muchacha y echó a correr hacia una escalinata disimulada tras una cortina.

El dibujante permaneció todavía unos instantes inmóvil ante su víctima.

Morton, en el bar, decidió no esperar más tiempo y salió del establecimiento en dirección a la casa.

Donald se decidió por fin a seguir a Eva y ambos subieron la escalera interior.

Todo se sucedía simultáneamente. Ellos subiendo, el detective cruzando la calle solitaria...

Llegaron al piso alto.

—Por el tejado —dijo ella—. Podemos pasar a la casa vecina...

Donald iba como atontado. Huía por primera vez en su vida. ¡Huía de un delito!

Morton estaba llamando ya a la puerta de la casa del viejo. Estaba cerrada. Donald la había cerrado de golpe al entrar. Formaba parte de las instrucciones que le diera Eva.

Y ahora el dibujante y Eva estaban ya en el tejado y utilizaban una escalera de emergencia para descender hacia un patio.

Llegaron hasta el patio. Un callejón los devolvería a la libertad, lejos de aquella pesadilla.

—¿Do... dónde le han herido? —preguntó Donald.

—En el hombro. No es nada. Ahora tenemos que separarnos —respondió ella.

—¿Separarnos?

—Sí. Es mejor. No nos conocemos. ¿De acuerdo? Pase lo que pase, usted y yo no nos hemos visto nunca... No podrán acusarnos. No hay pruebas. Nadie nos ha visto.

—Pero...

—Adiós, Donald... Gracias por todo. No es culpa suya que todo haya salido mal.

Y una vez más Eva acercó sus labios a la mejilla del joven para darle un beso de agradecimiento o de despedida.

El estaba anonadado todavía. No había conseguido reaccionar plenamente, porque todo había sucedido demasiado deprisa, y le parecía demasiado irreal, como una historieta de *cómic*... como algo inexplicable, sin lógica.

Eva corrió a través del callejón, para perderse por el contraluz.

Morton seguía llamando inútilmente a la puerta de la casa de Jacobo Kersten, tras la cual nadie contestaba.

El dibujante, lento el paso, siguió el camino que había tomado la muchacha y se perdió por el callejón.

Cuando salió a la Ramsgatte Street vio a un hombre corriendo. Ni siquiera pensó que era Morton que regresaba al bar para llamar por teléfono. Primero a casa del viejo... luego al no recibir respuesta llamó a la policía.

El dibujante se perdió entre las sombras, en dirección al cercano Picadilly Circus.

CAPÍTULO VII

La noticia apareció en todos los periódicos de la mañana siguiente, pero antes, en la misma noche del crimen y cuando el dibujante encerrado en su estudio no lograba salir de su aturdimiento por todo aquello que seguía pareciéndole un mal sueño, habían ocurrido cosas..., muchas cosas.

Los titulares de las secciones de sucesos prodigaban cada uno a su manera:

ASESINATO DE UN PRESTAMISTA DE RAMSGATTE STREET

A continuación la reseña señalaba cómo había sido descubierto el cadáver, gracias a la intervención de un detective privado llamado Waldo Morton.

—Waldo Morton —se repetía el dibujante que había pasado la noche en vela.

Pero antes... Antes... Poco después de los sucesos... ¿Qué había sido de Eva?

Eso era algo que nadie podía saber. Absolutamente nadie.

Eva corrió por el callejón. Huía de lo ocurrido. ¿Y dentro de la casa?

Dentro de la casa del viejo había sucedido una cosa, muy extraña. Extraña al menos para quien desconocía los planes trazados de antemano por «ALGUIEN» que había estado preparando concienzudamente toda la trama.

Porque inmediatamente después de que el dibujante siguiera a Eva escalera arriba, el muerto —el viejo Jacobo Kersten— resucitó.

Jacobo Kersten actuó con toda rapidez.

Apenas en pie entró en la habitación contigua donde yacía en el

suelo un cuerpo.

Jacobo sonrió al ver el rostro del hombre que yacía sobre las frías baldosas.

¡Su cara era idéntica a la suya!

Bueno. En realidad era el auténtico Jacobo Kersten y éste sí estaba muerto de verdad.

El falso Kersten tomó en brazos el cuerpo y lo dejó más o menos tal como él había fingido caer alcanzado por las balas en la estancia en la que el dibujante había disparado.

Rápidamente el falso viejo regresó a la habitación y echó una última ojeada para cerciorarse de que todo estaba en orden.

No había ni una sola mancha de sangre. Tuvo suerte con los disparos que mataron al viejo puesto que las heridas fueron internas.

—No podía fallar —dijo hablando consigo mismo. Y ya sin nada que le retuviera en la casa, siguió los pasos de Eva y el dibujante, perdiéndose en la oscuridad.

La policía todavía tardaría algunos minutos en aparecer.

Luego ante las explicaciones del detective privado, decidieron forzar la puerta.

Lo demás... lo que encontraron dentro de la casa, era lo que describía el periódico.

Donald Charenton no había pegado un ojo en toda la noche, pensando en lo que había sucedido.

Fue una lucha constante consigo mismo.

¿Qué era lo que debía hacer?

El no había cometido un asesinato por lucro. No tenía el menor motivo para haber matado al viejo. Fue un caso de... defensa propia. De estupidez.

Desde el primer momento que aceptó el plan de Eva, todo había sucedido de forma extraña. Se había dejado enmarañar en la red que ella le tendió, pero entonces todo le pareció que tenía cierta lógica.

Ahora examinada la cuestión fríamente se le antojaba absurda.

Pegó un salto cuando de mañana llamaron repetidamente a su puerta.

El hecho de tener que enfrentarse con la policía, sin poder justificar su acción le producía escalofríos. Sentía miedo...

Repasando la historia de los sucesos no encontraba excusas... Podía eso sí, mencionar a Eva, explicar lo ocurrido. Todo... absolutamente todo era explicable, pero le parecía poco válido.

Una nueva llamada le hizo acudir a la puerta y preguntar antes de abrir.

—¿Quién... quién es?

Era la casera.

Por primera vez en mucho tiempo la llamada de aquella mujer le pareció una bendición.

Prefería que le reclamaran el alquiler que no había podido pagar a tener que enfrentarse con la policía.

Abrió la puerta.

—Lo siento, señora...

—No he venido a pedirle nada. Ya hablaremos más tarde. Sólo quería decirle que anoche llamaron un par de veces, preguntando por usted. Era una chica. Doris.

—¡Oh! Doris llamó... Gracias, gracias.

La noticia debía agradarle quizá, pero en aquellos momentos no fue capaz de reaccionar.

—¿Qué le pasa? ¿No se encuentra bien? Sólo faltaría que ahora se pusiera enfermo —rezongó la patrona. Se había dado cuenta de su estado extraño, ausente.

—No, no. No es nada —balbució el dibujante.

Despidió a la mujer y volvió a encerrarse. Luego salió de nuevo para gritar.

—¡Ah, muchas gracias! —Debía de quedar bien. Mostrarse normal.

La patrona hizo algún comentario entre dientes. A Donald no le preocupaba en estos momentos su posición en la casa.

Era el crimen. El asesinato que había cometido.

—Es un homicidio —se dijo a sí mismo—. Defensa propia, pero...

En realidad él había ido a exigir, a robar... Aunque se tratara de documentos utilizados para chantajear. Era intento de robo.

—Han limpiado la caja. Al menos se han llevado el dinero —decía el superintendente—. Ignoramos si falta algo más. En estos momentos tratamos de buscar algún pariente de la víctima, pero dudo que lo tenga, o al menos que esté al corriente de sus

manejos...

El policía hizo una pausa y añadió:

—Teníamos antecedentes de los manejos de Jacobo Kersten, pero ninguna denuncia oficial. Entre usted y yo, Morton, no me extraña que alguien tuviera intenciones de acabar con él... Pero en este caso, de lo que no hay duda es de que el móvil ha sido el robo...

Otra pausa y retrepándose en su sillón preguntó al detective:

—Usted dijo que fue contratado por el propio Kersten.

—Sí, sí, señor. Ya he explicado todo al sargento.

—Tengo aquí el informe del sargento. Según se desprende, se entrevistó con Kersten en Hyde Park.

—En efecto.

—Y no le dio ninguna pista.

—No. Quería simplemente que vigilara. Dijo que se sentía espiado y que intentara averiguar quién era esa persona o personas. Por eso estaba en el bar que está enfrente de la casa.

—Y vio a un hombre entrar... poco antes de cometerse el crimen.

—Sí —murmuró Morton pensativo.

—Ya tenemos la descripción de ese hombre... el dueño del bar la ha confirmado. Parece que ustedes eran amigos. ¿No es así?

—Compañeros de la Universidad.

—Pero no nos ha dicho su nombre. El del bar tampoco lo recuerda.

El detective fingió hacer memoria.

—Pues... La verdad es que no lo recuerdo. Llevaba algún tiempo sin verle. Bueno... Mucho tiempo —sonrió el detective con una idea fija en su cabeza.

—Procure recordar su nombre, señor Morton. Sería muy interesante poder interrogar a ese amigo suyo.

—No es amigo, superintendente. Sólo un compañero.

—No tratará de ocultar nada, ¿verdad? —sonrió el veterano policía.

—Por supuesto que no. ¿Quién si no yo les llamó a ustedes?

—Bien. No le molestaré más por ahora. Pero espero el nombre de ese individuo que entró en la casa poco antes de cometerse el crimen.

—Haré lo posible por recordarlo —prometió Morton.

Llegado a su casa, el detective buscó en sus antiguos apuntes donde figuraban viejas direcciones de compañeros y conocidos. Ya había empezado aquella gestión antes de ser llamado por el superintendente y continuó ahora con la esperanza de encontrar las señas domiciliarias de Donald.

CAPÍTULO VIII

Donald no se había atrevido a salir de su casa, y cuando llamaron a la puerta una vez más en aquella mañana, no pudo impedir sobresaltarse de nuevo.

Era la patrona.

—¿Es que no ha oído el teléfono? Cuando suena en su rellano es para usted... ¿Qué le pasa?

—Perdone. Es que pasé la noche trabajando y me quedé dormido.

—¿Trabajando? ¿Le llama trabajar a emborronar papeles? ¡Bah!

Cuando la mujer bajó la escalera, Donald tomó el teléfono. Era Doris.

—¡Te he estado llamando! —espetó la temperamental fotógrafo de circunstancias—. Si no quieres ponerte, dilo de una vez. ¡Soy una estúpida preocupándome por ti!

—¡Oh, Doris...! Siento lo que pasó y...

—¿Lo sientes? —La voz de ella se dulcificó.

—Bueno. Sé que fui muy brusco y...

—Yo también te dije cosas que lamento. ¿Irás un día de éstos por allí?

—Pues no sé... No... La verdad es que tengo algún trabajo y... —se interrumpió de pronto. Alguien estaba subiendo la escalera.

—¡Don! ¡Don! —exclamó Doris al otro lado del hilo—. ¿Qué pasa? ¿Estás ahí?

Las pisadas se hicieron más próximas. En el rellano apareció un hombre: Morton, el detective privado.

—¡Don! —seguía llamando ella.

El dibujante reaccionó.

—Perdona, Doris, ahora tengo trabajo. Te llamaré, ¿eh?

—¿Es que no quieres hablar conmigo?

—Sí, sí... pero ahora no puedo. Lo siento. Adiós, Doris. Tengo

que colgar.

Y colgó.

Morton continuó subiendo los últimos tramos. La casera apareció por la parte de arriba, de la azotea.

—Bueno. Si se va le arreglaré la habitación. ¡Yo no puedo aguardar todo el día para arreglar su habitación!

—Déjelo, se lo ruego —pidió el dibujante con la mirada fija en el recién llegado que ya había llegado al rellano.

La mujer miró a los dos hombres y echó para abajo mascullando algo entre dientes.

El detective la siguió con la mirada hasta que la vio desaparecer tras la puerta de otro inquilino. Luego se volvió hacia Don y sin perder su sonrisa comentó:

—Parece que tiene malas pulgas, ¿eh?

—Sí... No es muy agradable, sobre todo cuando se le debe el alquiler de varias semanas.

—Bien, Don... puesto que te ha dejado el cuarto, ¿me permites que pase para que podamos charlar tranquilamente?

Donald dudó, y siguió comportándose atolondradamente, pero supo reaccionar para intentar parecer normal.

—Claro, claro, Morton.

—Llámame Clarence. Esto nos dará una mayor intimidad —sonrió el detective cuando Don le franqueó la entrada.

Su presencia le había infundido serias sospechas, pero de momento, Donald se mantuvo en guardia.

—¿Cómo supiste mis señas? —preguntó.

—Pues... hace tiempo me las diste. Yo lo guardo todo. Siempre puede sernos útil alguna vez —el detective echó una mirada alrededor del cuarto para añadir—: Conque... éste es tu santuario, ¿eh? Déjame ver tus trabajos... —Y sin esperar contestación tomó algunos de los apuntes de Donald, dibujos terminados, pruebas, ensayos—. Humm... No está mal. Claro que yo entiendo poco, técnicamente se entiende... por lo demás me parecen buenos dibujos. Por cierto. Me dijiste el otro día que no tenías mucha suerte. ¿Andas flaco de dinero?

—No voy muy bien, desde luego... Pero...

—¡Oh, ya! Quieres saber por qué he venido, ¿no? Bueno... Yo pensé que lo adivinarías, sobre todo después de vernos en el bar que

está delante de la casa de ese viejo.

Donald tragó saliva, pero no contestó. Supo contenerse y esperar... Quería ver venir a su visitante aunque sus sospechas se hubiesen acentuado.

—No sé qué quieres decir.

El detective por toda respuesta sacó un periódico doblado del bolsillo de su gabardina.

—Lee. Está abierto por la página más interesante. Interesante para los dos... creo yo.

Donald se decidió a tomar el periódico, leyendo el titular de la crónica sin mostrar la menor sorpresa. Luego volvió a dejarlo sobre la mesita.

—¿Y qué?

Morton dejó su actitud solapada y expectante para entrar directo a la materia.

—Dejémonos de preámbulos, Don. Tú estuviste en esa casa momentos antes de producirse el crimen de ese viejo usurero. No lo niegues porque yo estaba allí y lo vi.

Antes de que Don pudiera replicar, el detective atajó continuando:

—La policía lo sabe, es algo que quiero que sepas. Yo no he dado tu nombre, pero tienen tu descripción. Es posible que hagan un retrato robot.

—¿Qué quieres de mí? —pudo preguntar el dibujante tras un corto silencio.

—La verdad de lo ocurrido.

—¿Por qué tú?

—Llámale curiosidad... No te encajo como asesino... Me cuesta algún trabajo. ¡Claro que a menudo uno se lleva sorpresas!, pero... Bueno, trato de decirte que puedes confiar en mí. Yo puedo ayudarte. Eramos compañeros.

—Nunca fuimos amigos, Morton.

—Clarence, Clarence. Te he dicho que me llames Clarence, y no te pongas nervioso. De momento no saben dónde vives.

Don se volvió hacia la ventana. La abrió de par en par y miró hacia la tranquila calle. Delante había un pequeño parque. Circulaban algunas amas de casa con sus carritos de la compra. Todo aquel orden, aquella rutina contrastaba con el volcán interior

que sumía al dibujante en una vorágine de terror, de desconcierto.

—He venido en son de paz, Donald. Diría que necesitas ayuda, y mientras sea tiempo quizá pueda proporcionártela. Me interesa. Por ti y por mí... Yo tenía a mi cargo vigilar al viejo. ¿Comprendes?

Donald se volvió de repente y permaneció varios minutos mirando con fijeza a su interlocutor.

Necesitaba hablar con alguien. Descargar su conciencia, explicar la verdad de su vida, justificarse.

¿A quién podía recurrir?

Tampoco le había pasado la idea de ir a entregarse y contar la verdad a la policía. Pensó que quizá fuera mejor aprovechar la oportunidad que ahora se le presentaba.

Al fin habló.

—Yo maté al viejo —dijo.

Creía realmente que lo había hecho. ¿Qué podía pensar si no? Había disparado. Le había visto caer. Luego había huido...

No sabía nada.

La verdad estaba en el aire, y nunca mejor empleada la frase...

En el aeropuerto de Heathrow, Eva, otra vez rubia, regresó con los pasajes.

Le esperaba un hombre.

—Hay una demora de diez minutos. Han vuelto a confirmarlo —refunfuñó la rubia.

No había ya en ella aquel tono angelical o resignado de cuando hablaba con Donald. El dibujante la hubiese reconocido únicamente por el aspecto, pero no por la pose que cuidó bien de estudiar.

Ahora Eva se encontraba inquieta, nerviosa.

Su acompañante trató de tranquilizarla.

—Lo sé. ¡Tranquila! Todo saldrá bien.

—Debimos haber marchado ayer —reprochó ella.

—No hay vuelo nocturno para Río de Janeiro, Eva. Ya lo miré. Además, el factor tiempo también contaba. ¿No te parece?

—Creí que lo habías planeado todo al segundo, superhombre.

—¿Qué tienes que decir en contra? —repuso él—. ¿Acaso no salió todo perfectamente? ¡Vamos! ¡Contesta! Lo planeé perfectamente, y así salió. Haz el favor de ponerte los nervios en el bolso. Tranquila. Todo va bien. No hay motivo para preocuparse. Vamos a tomar algo entretanto. Ya nos avisarán.

Una nube de reporteros gráficos, de periodistas y curiosos en avalancha rodeaban a un personaje y su séquito.

Alguien habló de un ministro africano en visita oficial.

Los *flashes* de los fotógrafos se disparaban sin cesar, se escuchaban murmullos en voz alta.

La calle estaba llena de coches oficiales.

—¡Todo esto me pone nerviosa! —exclamó ella.

—Pues cálmate, Eva. Cálmate. Unas horas de vuelo y todo habrá terminado. En Río de Janeiro no hacen preguntas.

Ella trató de serenarse. Luego al sentarse en una de las mesas del bar hasta sonrió:

—La verdad es que... de momento todo ha salido bien. ¡Anda! Repítelo. ¿Cuánto?

—Sesenta y cuatro mil libras y un pico. Y además un par de libros muy interesantes. Llegado el momento pueden sernos de mucha utilidad. Son dinero, ¿sabes? Las personas que se mencionan en esos datos, darían lo que se les pidiera para mantener sus secretos ignorados. Tengo también pruebas y documentos. Todo muy útil, querida. Tenemos el porvenir asegurado, pero primero gastaremos las sesenta y cuatro mil libras tranquilamente.

Un camarero les interrumpió:

—Coñac para mí... Naranjada para la señora. ¿Está bien así, Eva?

—No. Algo fuerte. Quiero coñac también.

—Pues dos coñacs —rectificó el hombre mirando al camarero que se alejó para cumplir el encargo.

Eva volvió a mirar con insistencia el reloj.

El hombre miró alrededor. Fuera, del recinto del bar seguía la gente, viajeros y curiosos, periodistas y séquito de la personalidad esperada.

El camarero regresó con las copas de coñac. El hombre murmuró:

—¿Sabes? Me ha sabido muy mal tenerme que desprender de la máscara. Me sentaba divinamente. Cuando contraté a Morton en Hyde Park tenía un poco de miedo, pero sólo hay que leer el periódico...

El hombre desdobló una hoja del periódico y leyó brevemente.

«El detective privado Clarence Morton afirma que fue contratado por la víctima, como si presintiera que alguien iba a atentar contra su vida...»

Eva atajó rápidamente.

—¿Qué hiciste con ese disfraz?

—Lo quemé, querida. No ha quedado el menor rastro.

—Pero si ese tipo habla.

—¿El dibujante?

—Sí, Donald. Le detendrán. Dirá que fui yo quien le propuso todo...

—¡Oh, sí!

—Me describirá.

—No eres la única mujer rubia de Inglaterra. Teñidas o naturales tenemos un buen porcentaje de ellas.

—¿Y si me recuerda? ¿Si me describe? Ahora no estoy tan segura...

—Tranquila. Estaremos lejos.

—Lo siento. No podré dominarme hasta que no me vea lejos de aquí. Hasta que el avión haya despegado.

El avión despegó diez minutos más tarde. Eva, y su acompañante se acomodaron en el aparato que instantes después voló rumbo a Río de Janeiro.

Y el cómplice de Eva, desabrochándose el cinturón de seguridad murmuró:

—Aunque te describa, querida. ¿Qué podrá decir de ti? Que eres hermosa, una mujer realmente hermosa, de pelo rubio platino. Nada más... No podrá decir nada más...

CAPÍTULO IX

—Era rubia, platino... seguramente teñida —describió el dibujante en cuanto su excompañero de Universidad tras escuchar la historia que él le había contado le pidió que describiera una vez más a la mujer que le había metido en todo aquel asunto.

—Rubia... Y hermosa... ¿No?

—Pues... sí. Era hermosa, pero yo no me fijé mucho en ello. La verdad es que no me fijé en nada. Ella parecía sincera, decidida a todo.

—Y tú obraste por perjudicar a Liston. Por celos. Ésa es la verdad. En pleno siglo xx, todavía se obra por celos... No. No hemos cambiado mucho. Ésa es la verdad.

—Yo quiero a Doris. Te lo he explicado todo —repuso el dibujante.

Por toda respuesta el detective preguntó:

—¿Serías capaz de sacar un apunte de esa mujer?

—Pues... Lo he intentado algunas veces... Pero no sé...

—Inténtalo.

—¿De qué serviría?

—Has confesado que esa mujer te dio dinero, ¿no?

—Sí. Lo tengo ahí. En un sobre. Dos mil libras.

—¿Y esperas que la policía crea todo esto?

—¿La policía?

—Sí, Don... Aunque no sea yo quien te denuncie. Te atraparán.

—Bueno. Yo..., yo obré en legítima defensa. No quería para nada el dinero del viejo.

—Pero ella sí. Y dudo que lo haya hecho sola. Necesitaba un cómplice. Un cómplice y un culpable. El culpable eres tú. El cómplice no sabemos quién es. —Y el detective quedó pensativo unos instantes para añadir—: Eso es... Ella no pudo hacerlo sola. Es demasiado para una mujer.

Se quedó callado durante medio minuto para añadir:

—Bueno... la localización de esa mujer no disminuye tu falta. Tú le mataste y es lo que diría ella si la detuvieran, pero... tendrías una defensa, ¿comprendes? Podrías esgrimir el argumento de que obraste por inducción. Aquí se trata de un robo. Si no te beneficiaste de él... Claro que están esas dos mil libras.

—Yo no las quiero. No las quiero a ese precio. Ya te expliqué por qué hice todo...

—Y dejaste el revólver allí. Pero es extraño. Que yo sepa no lo encontraron. Eso puede favorecerte... o acaso empeorar las cosas. No sé, no sé.

—No sé dónde vive esa mujer y creo que no sería capaz de dibujarla. Puedo intentarlo, pero no sé, no estoy seguro. ¿Es tan importante?

—No sabes dónde vive. No sabes nada en realidad. Creerán que la has inventado y ese dinero te acusa.

—Yo no lo robé.

—De acuerdo, Don. Eso lo dices tú. Pero han vaciado la caja fuerte del viejo. Se desprende que le obligaron a abrirla con amenazas, sin duda, ¿comprendes? Y nadie sabe lo que había allí adentro. Podían ser ese par de miles de libras que tienes. Por eso y por todo lo que tu explicación pueda tener de verosímil, es necesario encontrar a esa rubia. Inténtalo. Intenta dibujarla.

—Doris la vio. Estuvo en el Liston's.

—Bien. Entonces si no consigues recordarla, habla con Doris, pero lo que hace falta sobre todo es tener una descripción de esa chica. Insisto en que únicamente se trata de disminuir tu responsabilidad, pero algo es algo.

El dibujante bajó la cabeza. Estaba atrapado. Cada vez se sentía más hundido.

Morton concluyó:

—Te han tendido una trampa, Don. Ésa es la impresión que a mí me da. Una buena trampa. Y tú caíste en ella.

El avión rumbo a Río de Janeiro seguía su vuelo con más de la mitad de sus plazas ocupadas.

En dos de ellas, Eva y su acompañante seguían hablando del

asunto que les había hecho ricos. La mujer se sentía mucho más optimista. A ocho mil metros de altura, volando sobre el Atlántico admitió:

—Verdaderamente la trampa dio resultado.

—Tuviste acierto en escoger al hombre.

Ella asintió.

—Estaba en un momento psicológico. Despechado.

—Supiste cómo manejarlo —repuso él.

—Fuiste tú quien me indicaste ese sitio.

—Era el más ideal. Allí hay mucha gente que conoce a su propietario. Liston no tiene demasiadas simpatías. De todos modos tuviste suerte al encontrar a un tipo como ese dibujante que además tenía motivos personales para querer hundir a Liston.

El avión seguía su vuelo. Todo resultaba sumamente plácido, absolutamente normal.

El acompañante de la rubia añadió tras un silencio:

—Nada puede implicarnos. El «disparó» contra el viejo. La verdad nunca podrá saberse.

Y en la mente de aquel hombre que había ideado el plan se reprodujeron las escenas previas a los hechos.

Los hechos que rememoraba el hombre, no tenían la menor complicación. Para llevarlos a cabo únicamente había sido necesaria una buena dosis de audacia, de sangre fría y sobre todo de decisión.

Desde que germinó en su mente la idea de vaciar la caja fuerte del usurero, todo lo demás vino por sus pasos contados.

Primero tuvo que saber la forma de entrar en la casa sin utilizar la puerta de los clientes, luego saber si efectivamente el viejo guardaba sus cosas de valor en la caja. Y las cosas de valor eran, además del dinero, los libros y documentos comprometedores para las personas a las que hacía chantaje.

Sabido esto, lo demás fue fácil. La preparación consistió en hacer las fotos a Jacobo, con las que encargar una máscara de su rostro, después buscar a una víctima que cargara con el crimen.

El tercer paso de la fase preparatoria era recabar los servicios de un detective privado. Eligió a Morton y le citó en Hyde Park. Para esto tuvo la suerte como aliada, porque la noche de la cita resultó particularmente brumosa lo que le facilitó la remota posibilidad de que Morton pudiera descubrir la máscara o acaso sospechar.

Por ahí, pues, todo había salido bien. Más que bien. Rotundamente inmejorable.

Las consecuencias del concienzudo plan, o sea lo indirecto de la acción personal corrían a cargo del propio detective y del encargado del bar.

El primero atestiguaría haber sido contratado por el propio Jacobo Kersten. El segundo no haría más que incidir en las palabras de Morton.

¿Y a quién verían ambos como principal sospechoso? ¿A quién podrían describir como al que entró en la casa del usurero en la noche del crimen?

A la víctima elegida previamente por Eva. Es decir al dibujante Donald Charenton. Donald sería el único sospechoso.

Pero la realidad...

Lo que hizo el amigo de Eva, mientras las pruebas exteriores acusaban a Donald era otra cosa.

Había ido previamente a la casa del usurero utilizando la azotea. Principió la acción al oscurecer, luego se introdujo dentro, tras salvar otros terrados.

Llegado a la casa se encaró con el viejo. Procuró que la hora coincidiera con sus planes. Ese factor era importante. Y también le salió a pedir de boca.

El hombre seguía reviviendo la escena.

Vio de nuevo ante sí al viejo usurero con los ojos a punto de saltarle de las cuencas.

El motivo de la alteración de Jacobo fue al verse como ante un espejo, porque el hombre llevaba la máscara idéntica al rostro del viejo.

—¿Qui... quién es usted? —había tartamudeado.

Y su futuro asesino le encañonaba con un revólver.

—Soy su conciencia..., amigo. Abra la caja antes de que me impaciente.

—No... No. Tendrá que matarme primero.

Aquí era donde el hombre tenía que mostrarse decidido, y supo estar a la altura de las circunstancias.

—Si se empeña lo haré —amartilló el «Colt» de calibre 38.

El viejo se echó hacia atrás al escuchar el chasquido del arma.

—La caja —insistió su agresor.

Tembloroso y tras una breve porfía, el usurero abrió la caja.

—Esto le costará caro —tuvo el valor de decir.

El hombre observó el interior, compuesto por varios departamentos. Todos estaban abiertos. Lo comprobó y miró el reloj. Le quedaba un minuto de tiempo, pero no dudó demasiado.

—Es justamente lo que quería —dijo.

Y apretó el gatillo un par de veces. A quemarropa.

El viejo cayó con la boca abierta, sorprendido por la muerte que temía, pero no esperaba.

Rápidamente su asesino se inclinó hacia él. Comprobó que no habla mancha alguna de sangre y cargó con el cadáver hasta la habitación contigua. Total una decena de pasos. Luego se escondió cuando las pisadas le indicaron la aparición de Eva.

Llegó la muchacha.

—¿Ya... está? —balbució ella.

El hombre asintió.

—Sí. Puedes dar la señal para que entre ese imbécil...

Y Eva se aproximó a una de las ventanas. Con la linterna hizo la señal convenida y vio enseguida cómo Donald salía del bar y cruzaba la calle.

Lo demás, fue puro teatro. Esperar a que Donald entrara, colocarse detrás de Eva fingiendo amenazarla y cuando comenzó a disparar lo hizo con balas de fogeo.

Donald reaccionó cuando ella gritó:

—¡El revólver, Don!

Y Don lo utilizó y disparó.

El ignoraba que también su 32 disparaba únicamente cartuchos sin bala. Pero era justo lo que se necesitaba para la comedia. El ruido únicamente. La acción la puso el cómplice de Eva dejándose caer y luego ella gritando.

Todo daba la apariencia de que alguien acababa de ser abatido a disparos. Disparos surgidos precisamente del arma del joven dibujante.

—Deprisa, deprisa —dijo ella.

No había tiempo para cerciorarse si el viejo estaba muerto de verdad.

Pero para la psique de Donald, el viejo estaba muerto y su asesino no era más que él.

Lo demás...

Recoger el cadáver, vaciar la caja. Todo fue fácil y cuestión de breves momentos.

La culpa quedaba para Donald. Su responsabilidad, la certeza de que había matado a un hombre. Pero el beneficio estaba en poder del que lo había planeado, del amigo de Eva que al cesar en sus recuerdos se volvió hacia ella y murmuró:

—Nunca me saldrá nada tan perfecto.

CAPÍTULO X

Clarence Morton, el detective, se había despedido de su amigo.

—No vayas a ese bar y procura no salir de día. Al menos de momento —fueron sus últimas palabras—. Volveré a verte, o te llamaré si es necesario. ¡Ah! Dame tu número.

—¿Por qué... haces todo esto?

—No confíes demasiado en mí. De todos modos, si las cosas se ponen mal te avisaré, con tiempo. Si salen bien, no ganaré nada. ¿Sabes? Acaso un poco de popularidad eso a veces sirve. Verás... Tampoco he tenido mucha suerte últimamente. Quise establecerme por mi cuenta y los comienzos siempre son difíciles. ¡Hasta la vista!

Morton le guiñó un ojo y desapareció.

A partir de ese momento Donald intentó concentrarse y tratar de abocetar el rostro de Eva.

La recordaba perfectamente, pero por uno de esos motivos a menudo incomprensibles, siempre le había costado trabajo plasmarla sobre el papel.

Aquel rostro tenía algo especial. Se le antojaba diabólico.

Una y otra vez trazó unas líneas sobre la hoja del bloc, pero siempre tuvo que terminar por romperlas y echarlas a la papelería. Era como si una extraña circunstancia hiciera de Eva, la exótica y misteriosa rubia, una mujer indibujable.

Cuando alguien llamó a la puerta y tras vencer un sobresalto, abandonó la idea del dibujo para ir a abrir.

Era Doris.

—¡Bueno! ¡Ya estoy aquí! ¿Qué te pasa si puede saberse?

Agresiva y violenta como siempre, se había presentado la muchacha, que indirectamente había provocado todo aquello.

—Pasa, Doris. Siento que... Bueno... Entra. Celebro que hayas venido.

—He podido pasar gracias a que la chismosa de tu patrona no

estaba. Esa mujer vive en el siglo pasado. No deja entrar a nadie.

—Las visitas femeninas no están autorizadas —trató de sonreír Donald—. Ya lo sabes.

Cerró la puerta. Ella entró y miró alrededor. Luego se volvió rápidamente para soltar lo que la había llevado hasta el estudio y vivienda del joven.

—Don —soltó sin ambages—. No trabajaré más en el bar.

—¡Oh, Doris! No sabes cuánto me alegro.

—No te hagas ilusiones. No es porque a ti no te guste. Buscaré trabajo en otro sitio. De fotógrafo, tal vez. No me va mal, y es divertido.

El no contestó. Fue ella la que siguió explicando:

—Es por... por lo que ocurrió el otro día. Tenías razón. Si Liston está metido en un asunto de drogas... No quiero complicaciones.

—Me alegro, Doris. De veras.

—¿Es que no sabes decir más que «me alegro», «me alegro»?

—Es que me alegro de veras.

—Bueno... Ya está. Quería que lo supieras. Y no es que vaya detrás de ti, entiéndelo bien. Soy libre. Y tú también. Bueno... Es todo lo que tenía que decirte. Si tienes trabajo...

—Sí. Es decir no... No te vayas. —Frente a ella, frente a su confesión, todo lo ocurrido se le antojaba una pesadilla, un mal sueño.

¡Si Doris hubiese tomado antes aquella decisión!

La realidad para Donald se imponía y no podía ocultarla. Ella advirtió una cierta anomalía en el rostro del joven y le observó detenidamente, casi hasta azararlo. Azararlo en el sentido de que el dibujante no quería darle ninguna explicación, no quería que ella supiera todo lo ocurrido que no era más que de su propia incumbencia.

—¿Qué ocurre? —musitó la joven.

Por toda respuesta, Donald, muy próximo a la muchacha, la abrazó. Buscó su boca apasionadamente, deseoso de encontrar un consuelo, un momento de respiro feliz en sus problemas.

—Te quiero, Doris —susurró al besarla—. Mandaré todo eso al diablo y buscaré trabajo. Si alguna vez me sale una oportunidad la aprovecharé, pero será viviendo ya junto a ti. ¿Qué me dices, Doris?

Ella sonrió.

—Bueno... La verdad es que hemos andado haciendo el idiota durante mucho tiempo. ¿No es así?

Le besó ella también, pero la caricia se interrumpió con brusquedad. Donald había vuelto a la realidad.

—No. Vete, déjame. Estoy en un apuro. Necesito resolver algo.

—¿Qué te ocurre, Donald Charenton? ¿Estás loco? Me quieres, me rechazas.

—Déjame, Doris, te lo ruego. Ahora ya es demasiado tarde. He matado a un hombre. Si no me entrego tarde o temprano acabarán dando conmigo.

Doris quedó estupefacta.

La prueba de la verdad. La única prueba de la inocencia de Donald seguía a bordo de aquel avión.

Ella —Eva— y su acompañante.

El acompañante sacó el revólver de calibre treinta y dos. El que había utilizado Don. El que había sido cargado de antemano con balas de fogeo.

—¿Llevas todavía esto encima? —preguntó Eva.

—¿Por qué no? Es un recuerdo. Y a veces surte buenos efectos.

Y se volvió para mirar a la mujer.

El hombre tenía un rostro bastante conocido en ciertos ámbitos. Doris habría podido reconocerlo como al tipo con quien tropezó una vez en el

Liston's.

También Liston le conocía bien. Y por supuesto el usurero.

Pero también Donald le había visto en una ocasión en el bar.

Era Monroe.

—No debiste ir aquella vez —le estaba diciendo Eva.

—¿En

Liston's?

¡Bah! ¿Por qué no?

—Yo estaba con Donald Charenton.

—Quería ver al tipo que habías pescado —repuso Monroe.

—El puede recordarte. Nos mirabas. Tuve que decirle si te conocía.

—¡Bah! Estaba atontado. Ni se acuerda de mí. Y si se acuerda, ¿qué? Nunca podrá relacionarnos.

—Tú puedes estar muy tranquilo, pero yo...

—No empecemos, Eva. Nosotros ya no contamos. Estamos a salvo. Completamente a salvo. Los problemas empiezan para ese idiota.

—Sí, lo sé —admitió Donald—. Me he comportado como un imbécil. Pero yo pensaba en ti. Y en ese canalla de Liston.

Doris no se había movido de allí en todo el tiempo. Atardecía ya. Habían comido juntos unas conservas que ella misma había calentado. Luego él bajó a comprar los periódicos y regresó. Doris los estaba leyendo.

—¿Tienes el arma? ¿La hiciste desaparecer? —preguntó.

Lo sabía todo porque él se lo había contado. Doris se tomó sumo interés por aquel relate.

El dibujante negó:

—No, no. El arma la tiré.

—Tus huellas están allí.

—Lo sé.

—Un treinta y ocho. Dos balas, de una treinta y ocho. Eso es lo que encontraron en su cuerpo.

—¿Eh?

—¡Que le agujereaste a quemarropa!

—El estaba disparando contra la chica.

—Condenada lagarta. Ella también tiene la culpa. ¡Y yo que pensé que pasabais las noches juntos!

—¡Oh! No.

—¡Y ni siquiera sabes dónde vive!

—¿De qué serviría?

—Ella tiene la culpa. ¡Ella te incitó! Esto es una trampa.

—Ahora empiezo a comprenderlo, pero ¿por qué?

—Ella te dio el revólver, ¿no?

—Sí... ¡Espera!

De pronto el joven advirtió un detalle que le había pasado por alto.

—¿Has dicho que las balas son del treinta y dos?

—Del treinta y ocho. Es lo que ha revelado la autopsia.

—¡No puede ser, Doris! —repuso el joven—. Era un arma pequeña. Un treinta y dos. De esto puedo dar fe. —Saltó en busca de un libro de armas. Lo precisaba para poder dibujar, sobre todo si

se trataba de plasmar guiones para *cómics*.

Pasó afanosamente las páginas deteniéndose en la hoja que se refería a armas cortas.

Aparecieron revólveres, pistolas...

—¡Ahí está! —indicó señalando un modelo parecido al que le había facilitado la rubia Eva—. Era como éste.

—Yo no entiendo.

—Es del calibre treinta y dos. Yo... Yo disparé contra el viejo con un revólver así.

—¿O sea que las balas no corresponden? —murmuró ella que empezaba a comprender.

—¡Exacto! No lo maté yo, Doris. ¡No lo maté yo! —De haber acertado una quiniela de la liga de fútbol inglesa, Donald no hubiese expresado de forma tan triunfante su contento.

Ahora ya sabía algo más. ¡Era inocente!

Había llamado a Morton con el teléfono que el detective le facilitó antes de marchar, y ahora él estaba allí, escuchando lo que el dibujante tenía que decirle respecto a lo ocurrido.

—O sea, que las balas halladas en el cuerpo del viejo no corresponden al revólver que tú utilizaste —sonrió Morton—. Bien... Si estás seguro no tienes nada que temer. Sólo te falta hallar a esa rubia. —Y mirando a Doris añadió—: Con perdón, yo prefiero las morenas.

Ella hizo un gesto ambiguo y el dibujante se puso a pensar.

—No he conseguido dibujarla. Ni aproximadamente siquiera, pero lo intentaré.

Doris intervino.

—¡Un momento! Yo recuerdo a esa chica.

—Eso no probaría nada. ¿Puede presentar testigos de que la vio hablando con Don?

—Tal vez. No sé —repuso ella pensativa.

—No. Testigos de que hablaran juntos no basta. Parece como una coartada prefabricada y no prueba nada. El caso es que yo tampoco vi a esa muchacha.

—No entró por la puerta principal —repuso Donald.

—Ya, ya. Ya me lo contaste.

—¡Un momento! —terció Doris—. Si les interesa tanto su

rostro...

—Puede que la policía la tenga fichada. Que sea conocida por alguien. Con un rostro se tienen más probabilidades —repuso Morton.

—Buscaré en las fotografías. A veces sale la gente que está alrededor de la que se retrata. Yo recuerdo perfectamente a ésa... Eva. Buscaré.

—Pues dese prisa, Doris —repuso el detective.

—Te llamaré en cuanto sepa algo, Donald —prometió ella y salió de la pequeña vivienda-estudio del dibujante.

CAPÍTULO XI

Doris se encerró en su pequeño laboratorio en busca de los negativos realizados últimamente para intentar encontrar en alguno de ellos a Eva. Aunque fuera de lejos. Lo revelaría de nuevo y ampliaría la copia en la que apareciese ella.

Estaba en su casa, tras haber pasado por el club a retirar todas sus cosas.

Tuvo que interrumpir el trabajo cuando llamaron a la puerta y salió a abrir con su peto de cuero y sacudiéndose el pelo rebelde que caía sobre su rostro.

Su visitante era Liston.

—¿Qué pasa, muñeca? ¿Qué mosca te ha picado? ¿Por qué has decidido dejar de trabajar en mi local?

—Bueno, mira —repuso ella con una semisonrisa—. Ya te lo he dicho. Quiero descansar una temporada.

—¿Es por ese condenado dibujante, cargado de celos?

—Es por mí misma. Las decisiones las tomo yo. Ya te lo he dicho por teléfono.

—Por teléfono. ¿Qué te pasa?

—Nada. Y déjame, por favor. Estoy trabajando en el laboratorio.

—Humm. Trabajando, ¿eh? ¿Qué será de ti? ¿Esperas que te mantenga ese imbécil?

—Cuidado. Yo me mantengo sola. Tú me dejabas trabajar y nada más. Que quede bien claro. Nunca me diste nada. Ni yo lo hubiese aceptado.

—Escucha, Doris. Estoy en un apuro. Yo te dejé trabajar. Tú me ayudas ahora.

—¿Un apuro?

—El asunto de que te hablé hace unos días.

—Las drogas.

—Están haciendo muchas redadas. Desgraciadamente los favores

que he hecho no cuentan. Tengo enemigos, más de los que imaginaba.

—¡Oh, lo siento! No tengo nada personal contra ti, pero no sé qué puedo hacer yo.

Liston se aproximó con una sonrisa en los labios. Una sonrisa que a veces podía ser dura. Muy dura.

—Me conviene cambiar de aires. He dicho a la gente que me marchaba una temporada, pero la verdad es que no me apeteceirme... Pensé que de entre la gente de mi confianza... tú podrías... digamos, podrías hospedarme.

—¿En mi casa?

—Bueno si tu cama es pequeña, podría dormir en el sofá. No seré muy exigente tratándose de un favor...

Ella lanzó un bufido.

—Y qué pasará si te descubre la policía en mi casa, ¿eh?

—No tiene por qué saber que estoy aquí.

—Te dije que no quería líos. Te lo dije cuando me propusiste aquel asunto.

—Bueno... Quién va a relacionarnos, ¿eh? —sonrió él.

—Esto es pequeño, Max. Tú mismo puedes verlo.

—Continúa tu trabajo y mientras tanto lo piensas. ¿Eh? Yo me quedaré aquí quietecito. Me encanta este sitio. Es pequeño pero acogedor.

Ella quedó indecisa.

—¿Qué haces ahora? —Siguió él sentado, cruzadas las piernas, con actitud aparentemente tranquila.

—Estoy buscando un negativo. Alguien está en un apuro y... Bueno. A ti no te importa.

—Por mí, sigue —sonrió él.

Doris no tenía ganas de discutir. Quería encontrar la fotografía de la rubia. Estaba segura de haberla visto. No era un primer plano precisamente, pero Eva aparecía en segundo término en el retrato sacado a alguien.

Dejó a Max Liston y continuó en la búsqueda, aislada en su laboratorio.

La encontró al fin.

Era la fotografía sacada a mía pareja en el Liston's.

Como fondo aparecía Eva y parte de Donald.

Buscó sus negativos, pero ya no había ninguno más. Se contentó. Era lo que necesitaba y por ello se dispuso a sacar la ampliación correspondiente.

Fijó la ampliadora en la parte de Eva próxima a Donald y lanzó el proyector de modo que la rubia y todo lo que podía verse del dibujante quedara en primer término para sacar una ampliación conveniente.

Trabajó durante el tiempo necesario para obtener la copia, que luego dejó en la cubeta.

Al salir, Max Liston estaba fumando un cigarrillo. Frente a ella le preguntó:

—¿Decidida a cobijarme?

—Max, el caso es que...

—He pensado que... puesto que te has despedido de

Liston's

a nadie extrañará no verte... Deberías llamar a tus amigos diciéndoles por ejemplo que no vengan a tu casa; que te vas por una temporada.

—Pero... ¡Si no me voy! —protestó ella.

—Escucha, no lo has entendido. No quiero que hables de esto con nadie. ¿Comprendes? El mejor modo de conseguirlo es que no salgas de casa.

—¿Qué significa esto, Max? Tengo que salir. Y dentro de poco.

—No irás a ninguna parte.

—Don me espera. Si no voy...

—Telefonéale. Dale una excusa.

—Max. Eso es absurdo.

—Me buscan. ¿Te has enterado? Y no quiero que me encuentren. Tú seguirás aquí. Hasta que se aclaren las cosas.

—¿Tratas de obligarme?

—No puedo fiarme de nadie. Tú no das facilidades, pequeña. Ojalá las dieras.

—Esto es una tontería. ¡Basta ya! ¡Vete!

—No querrás que te obligue... ¿Verdad?

—¿Obligarme? ¿Quién te has creído que eres? —repuso Doris hecha una furia, pero ante Liston no le sirvió. El dueño del local, el hombre que tenía que ver con el tráfico de drogas sabía ser brutal

cuando le interesaba.

Se plantó ante ella y descargó su mano diestra contra la mejilla de la mujer. Era una advertencia.

—¿Alguna pregunta? —inquirió en tono convincente.

Ella había retrocedido con los ojos casi fuera de sus órbitas.

—¡Bruto! ¡Salvaje! Me las pag...

Quiso abalanzarse contra el que había creído su amigo, pero él supo dominarla una vez más repitiendo el golpe en la mejilla contraria.

—No me obligues a emplear la violencia, preciosa... Viviremos juntos. ¿Está claro?

—¿Y piensas que yo... voy a consentirlo?

Ella no estaba dispuesta a dejarse dominar, pero Max se interpuso otra vez.

—Tú harás lo que yo te diga. Luego... Luego ya hablaremos.

—¿Piensas matarme? ¿Es eso lo que piensas hacer? Sabes que puedo llamar a la policía. Sabes que...

—Inténtalo siquiera, pequeña. Inténtalo. ¡Vamos! Ahí tienes el teléfono. —Indicó el aparato que descansaba sobre la mesa. Ella lo miró impotente. Sabía que nunca podría tomarlo, a menos que llamara donde él quisiera.

—¿Y después, Max? ¿Y después...? —inquirió exteriorizando la pregunta que bullía en su mente.

—Ya lo pensaré. Ahora debo cubrir unos cuantos días. Ya cuidarás de que nadie nos importune... ¿Cómo está tu despensa? Tendremos que comer. Si no tienes provisiones bajaré al supermercado. Yo pago la pensión.

—Pues ya puedes empezar. No tengo nada en casa.

—Está bien. Si tú quieres... —Y Liston sacó un revólver del bolsillo añadiendo—: Lamento tener que hacer esto contigo, querida... Pensé que resultarías ser mejor amiga, más comprensiva.

Y avanzó hacia ella.

CAPÍTULO XII

—Doris no telefonea —murmuró el dibujante.

—Calma, hombre —contestó—. Quizá no ha encontrado lo que buscaba.

—Hubiese tenido que ir con ella.

—¿Por qué?

—Clarence, ella quiere ayudarme, ¿comprendes? Me he comportado como un estúpido.

—No. Tú estás aferrado a tu trabajo. Ella no quiere ser dominada, pero en el fondo sois un par de tortolitos. ¡Oh! Por cierto tengo que hacer una llamada. Yo también tengo a mi tórtola. ¿Sabes?

El detective salió al rellano para utilizar el teléfono, mientras Don paseaba nerviosamente.

Entretanto el aparato en que volaban Eva y su cómplice estaba tomando tierra en Río de Janeiro.

No tuvieron dificultad en pasar la aduana y Monroe al abrir la portezuela del taxi le indicó el hotel que ya había elegido previamente:

—El América.

—En la avenida de Río Branco, sí señor —repuso el conductor iniciando la carrera.

El detective Morton terminó de telefonar y entró de nuevo en el apartamento de Donald.

—¡Uf, las mujeres! Cuánto cuesta convencerlas de que uno no tiene una jornada laboral fija.

—¿Por qué no te vas, Clarence? Cuando Doris me llame ya me pondré en contacto contigo.

—Bien. No sería mala idea. Después de todo, no viene de un día. Y le debo unas horas a Norah.

—¿Eh? —inquirió el dibujante pensativo.

—Mi chica. Me voy. Toma. Te dejaré otro número, por si hay algo interesante. ¿Eh?

Donald asintió.

Al recoger su abrigo, el detective se aproximó a la ventana y miró algo con cierto interés.

De repente se volvió hacia el dibujante.

—Es la policía. Creo que vienen hacia aquí.

—¿La policía?

—¿Hay alguna otra salida?

—No. A menos que saltes por el tejado.

—Pues vamos. No quiero que me encuentren aquí. Y es mejor que a ti tampoco.

Los componentes de un coche policial, se dirigían en efecto hacia la casa. Uno de ellos portaba en la mano un retrato robot y preguntaba a la casera que se hallaba en el rellano.

—Nos han indicado que el hombre que buscamos podía alojarse en esta casa.

La casera miró el dibujo. Era muy aproximado su aspecto al de Donald.

—Pues... Sí..., creo que sí. ¡Dios mío! Es... es en la tercera planta. ¿Pero... qué ha hecho?

El agente no contestó. No informó que había sido el propietario quien contribuyó con su descripción que el retrato robot de Donald se convirtiera casi en una auténtica fotografía con cámara.

Los policías comenzaron a subir la escalera, mientras Donald y el detective se alejaban en dirección a la azotea.

Por aquel sector las casas tenían una altura aproximada y no resultaba nada difícil desplazarse de un tejado a otro.

Avanzando rápidamente y saltando por las barandillas que separaban los edificios, los dos hombres consiguieron llegar hasta una esquina.

—Ahí está el callejón —dijo el dibujante.

—Está bien. Vamos.

La puerta abierta de uno de los terrados les permitió descender hasta el nivel del suelo. Luego se alejaron, dejando bastante atrás el coche patrulla de los agentes de Scotland Yard.

Anduvieron deprisa tras cruzar la primera esquina. El dibujante detuvo su marcha.

—No —exclamó.

—¿Qué ocurre?

—Esto es una estupidez. Han descubierto mi domicilio. No puedo andar huyendo. Lo mejor será que confiese. Explicaré la verdad.

—¡No seas estúpido, Don! —espetó el detective—. ¿Qué piensas decir?

—Lo ocurrido. Yo no maté a ese hombre. Ahora lo sé.

—¡Muy bien! ¿Y qué pruebas podrás aportar?

—La verdad, Clarence. Tú puedes ayudarme. Y si Doris consigue esa fotografía.

—No seas imbécil. ¡Oh! Tienes mucho que aprender.

Te buscan como presunto asesino. Tú no puedes presentar el arma. Ese treinta y dos que la chica te dio. Será sólo tu palabra, y la fotografía si es que Doris da con ella también será sólo una foto.

—Pero tú dijiste...

—¡Sí, yo dije...! —atajó el detective—. ¡Maldita sea! Lo único que puede salvarte es presentar pruebas. Todavía no las tienes. Y si te dejas atrapar ahora necesitarás a un buen abogado. ¿Cómo piensas pagarlo? ¿Con esas dos mil libras que te dio Eva?

Don dudó.

—Son fruto del asesinato. No puedes disponer de ese dinero.

—¡Está en casa! Lo dejé en...

—Una prueba más. No, amigo mío. Si de veras quieres salvarte, consigue primero pruebas.

Le empujó para alejarle y poder seguir andando.

—Y no me salgas con que nadie es culpable si no se demuestra lo contrario. La policía encontrará tus huellas en la casa. El del bar te acusará. Y yo mismo, cuando el superintendente me llame tendré que admitir que te vi. No puedo hacer lo contrario sin hacerme cómplice o encubridor. ¿Te das cuenta? Intento ayudarte, y si te detienen no podré hacerlo.

—Piensas conseguir tu gran obra conmigo.

—Ahora ni siquiera pienso en eso. Vamos. Si no te encuentran tendrán que seguir buscándote.

Le empujó aun contra su voluntad. Don estaba tan desconcertado que no acertaba a razonar por sí mismo.

Y entretanto...

En Río de Janeiro el taxi que conducía a Eva y a Monroe al hotel había llegado ya a su destino.

El hombre pagó el taxi y seguidamente salió acompañado de la rubia.

El portero hizo una seña para que un par de botones tomaran el equipaje. Monroe dio una buena propina al chófer y otro tanto al portero.

Poco después se inscribieron en el hotel. Bastó el pasaporte de Monroe.

—Habitación 827 —indicó el recepcionista después de tomar las notas pertinentes.

Subieron a la habitación del octavo piso. Eva, estaba deseosa de ver el dinero que su cómplice llevaba en la cartera de mano.

El dinero estaba colocado en paquetes de cuantías diversas. Sesenta y cuatro mil libras. Y los libros comprometedores del viejo Jacobo Kersten.

El rostro de la mujer expresó toda la codicia que le inspiraba la visión del dinero.

—Fascinante, ¿eh? —sonrió Monroe.

—Sí. Lo es —suspiró ella sin apartar la mirada del dinero.

Monroe se aproximó a la terraza. En Río todavía brillaba el sol del atardecer. La bahía resplandecía luminosa. En el ángulo de la terraza se divisaba el famoso Pan de Azúcar. El Corcovado. Había brisa un tanto molesta. Las cortinas revoloteaban. Monroe cerró.

—¿Vas a cambiarte, querido? —inquirió ella.

—Sí. Luego iremos a tomar algo.

—Yo quiero darme un baño. Dúchate tú primero, ¿eh? Yo pediré algo mientras tanto. Me gusta este hotel.

—Es de los mejores —repuso Monroe y se aproximó para besar a la rubia que aceptó el beso con cierta fatiga.

—Anda. Ya tendremos tiempo. Ahora quiero conocer Río. Date prisa.

—Humm. Muy bien. Veamos qué tal es ese baño.

Monroe abrió la puerta de los servicios. Todo era lujoso, de primerísimo orden.

—Muy bien —comentó.

—Pues, anda. Yo voy a ponerme cómoda. No tardes.

—Llama al bar entretanto. Que suban una botella de *whisky*. Y

champaña. Quiero brindar con champaña.

Ella sonrió asintiendo. Monroe desapareció tras la puerta. En seguida dio el agua de la ducha y Eva pegada a la puerta pudo escuchar el inconfundible sonido.

Lo que la mujer hizo a continuación no fue precisamente ponerse cómoda, sino que volvió a abrir la cartera del dinero y se apresuró a meterlo rápidamente en la maleta donde tenía su equipaje.

Colocó rápidamente los montones de dinero entre la ropa. Tomó también los libros y luego cerró rápidamente. Tuvo que hacer alguna fuerza para que la maleta cerrara bien, y una vez conseguido se apresuró a salir.

Monroe apareció en el umbral de la puerta del baño. Estaba completamente vestido.

Ella al verle vaciló.

—¿Era ése tu plan, querida? —sonrió.

Eva reaccionó rápidamente. Abrió la puerta y echó a correr por el corredor.

—¡Espera! —gritó Monroe.

Pero Eva tenía un plan preconcebido. Había sido descubierta y no vaciló en seguir. Ya era tarde para retroceder.

—¡Mala pécora! Dejaste que yo lo hiciera todo para... ¡Espera!

Eva llegó al ascensor que se había detenido allí y ordenó:

—Deprisa. A la planta baja.

—¡Espere! —gritó Monroe siguiéndola, pero la muchacha ante la duda del ascensorista pulsó ella misma el timbre.

Cuando Monroe llegó al ascensor, éste ya había empezado a descender. Fue inútil que tocara desesperadamente el timbre. Fue hacia el ascensor contiguo, pero estaba todavía lejos del octavo piso. Optó por utilizar la escalera, pero el ascensor era mucho más rápido, pese a que Monroe saltaba los escalones para ganar tiempo.

Eva llegó primero a la planta baja. Cruzó el *hall* arrastrando la maleta.

Llegó a la calle cuando Monroe jadeante alcanzaba el rellano. No quiso llamar la atención gritando, pero la llamó de todos modos corriendo a través de la amplia sala.

Eva buscaba un taxi que no apareció en aquel momento y no quiso esperar a que el portero del hotel lo encontrara. Corrió por la

acera. La maleta le pesaba, pero ella, desesperada en la huida que no había salido tal como esperaba, necesitaba distanciarse de su perseguidor. Tenía su propio plan, muy distinto del de su cómplice. Y él —Monroe— estaba ya en la calle.

—¡Eva! —gritó.

Pero Eva había llegado a la esquina y cruzaba la calle como una loca.

No advirtió el auto que se aproximaba. Cuando quiso burlarle ya era demasiado tarde. Soltó la maleta y lanzó un grito. Chirriaron los frenos del coche y su conductor viró violentamente. Eva cayó hacia adelante tratando de evitar el atropello, pero el auto al dar la vuelta para no embestirla se lanzó contra Monroe que había empezado a cruzar.

Se escucharon algunos chillidos.

Monroe, alcanzado cuando menos lo esperaba saltó hacia atrás y sintió sobre sí el peso de las ruedas.

La gente seguía chillando. La maleta, mal cerrada y a consecuencia de la caída se había abierto desparramando por el suelo su contenido, la ropa, los billetes.

La suave brisa desparramó el dinero. Los gritos y el tumulto se hicieron sentir más y más. Luego la estupefacción por el dinero que volaba por los aires.

—Eva... Eva... —murmuraba Monroe a punto de perder el sentido.

CAPÍTULO XIII

En Londres varios coches de la policía siguiendo en orden de la redada habían acordonado varias manzanas del distrito que rodeaba el Soho.

Liston hizo una llamada telefónica desde el domicilio de Doris.

La muchacha permanecía sentada en una silla, con las manos atadas a la espalda y sujeta al respaldo. Gritaba:

—¡Miserable, canalla!

—Si no cierras el pico, voy a amordazarte. ¡Calla ya de una vez! Conseguirás que pierda la paciencia. —El tono de Max Liston era amenazador.

Ella guardó silencio. Sabía que tenía las de perder. Forcejeaba para desasirse de las ligaduras. Liston volvió al teléfono. Hablaba con alguien de los suyos que le estaba informando.

—Tiene que tratarse de un soplo. Los polis han acordonado todo. ¿Dónde estás?

—Mejor que no lo sepas, amigo. De momento estoy seguro.

—¡Oye! No puedes dejarnos en la estacada. ¡Están ahí!

Liston colgó al tiempo que la policía entraba en el local desde donde telefoneaba uno de sus compinches.

—Te están cercando, ¿eh? —sonrió Doris que había comprendido la gravedad de la situación de Liston.

—Cállate. Aquí no me encontrarán.

Pero en la calle, Donald se aproximaba a la casa.

Su amigo Clarence Morton le había dicho:

—Cuando consigas esas fotos ven a verme. En mi casa estarás seguro y estudiaremos lo que conviene hacer.

Don había seguido su consejo. Pensó que Clarence tenía razón, y ya estaba frente a la puerta de la casa de Doris. Era en el segundo piso.

Comenzó a subir la escalera.

Arriba, en la casa, Liston paseaba nervioso.

—¡Un chivatazo! Bien. No tienen ninguna prueba contra mí. Cuando todo se resuelva nadie va a molestarme.

Don había llegado al primer rellano. Tras el siguiente tramo estaba la puerta del piso de la muchacha que seguía atada.

—Don tenía razón. Eres un mal bicho. Cuando las cosas no te salen a tu gusto arremetes contra todos. ¿Qué te hice yo, Max?

—En principio empezaste a poner demasiados impedimentos y no tenía tiempo que perder.

—¿Y piensas tenerme siempre atada?

—Voy a salir a comprar algo. No me fío.

Don había llegado y llamó a la puerta pulsando el timbre.

Instintivamente Liston se puso en guardia. Esperó un instante. A la segunda llamada, hizo un gesto a la muchacha.

—Vas a abrir —la desató—. Pero cuidado con lo que haces.

Buscó un lugar donde esconderse. La cortina que separaba el salón de un cuartito trastero le dio la idea. Sacó un revólver del bolsillo y advirtió:

—Ninguna tontería. Recuérдалo. Te va la vida, Doris.

—¡Qué simpático!

Abrió la puerta y se sorprendió al ver a Don, aunque en realidad resultaba bastante lógico. No supo qué decir.

—¿Qué? —inquirió él.

—Estoy trabajando —repuso ella queriendo disimular.

—Bueno. ¿Me dejas entrar supongo?

—Es que ahora, tengo las copias en el laboratorio y... —El la miraba con insistencia.

—Por favor, Doris. No puedo andar rondando por la calle. La policía ha estado en...

—Está bien, está bien —cortó ella a fin de que el joven no continuara. No quería que Liston pudiera averiguar nada de lo que ocurría.

—¿Qué te pasa, Doris? ¿Es que tienes visita? —Y el joven alargó el cuello. A simple vista era fácil darse cuenta de que no había nadie, pero al volverse hacia el lado del espejo, observó la cortina. Se movía ligeramente.

—Bueno. ¿Te vas? —preguntó ella.

El siguió mirando hacia la cortina. Entonces vio el cañón del

revólver asomar. No comprendía muy bien lo que pasaba pero imaginó que Doris corría peligro.

—Déjame entrar. Sólo un momento. Tengo que hacer una llamada telefónica. No tardaré ni un minuto.

—Pero... —Ella iba a protestar. Don ya estaba dentro.

La había empujado suavemente y entró directo a la mesita del centro.

Ella le siguió nerviosa. El joven tomó el auricular y marcó un número.

Una voz grabada en cinta comenzó a darle la hora al segundo. La cinta repitió mientras el dibujante seguía con el auricular pegado a la oreja.

Había extraído un lápiz y buscó un pedazo de papel donde trazó unas letras.

Ella pudo leer lo que el dibujante había escrito.

Era una pregunta:

«¿Estás en peligro?».

Ella en voz alta comentó:

—Si has de tomar algún recado. Yo puedo tomar nota.

Don entendió que ella quería escribir. Comunicarle lo que ocurría. Fingió que le habían contestado y comenzó a hablar inventando una conversación.

—Sí, sí. Soy yo. Donald Charenton. Sólo quiero saber el domicilio... ¿Chelsea? ¿El teléfono? Sí. Toma nota, Doris. Laenders Street.

Ella fingió que escribía las señas que Don le pasaba, pero en realidad anotó:

«Es Liston. Me tiene secuestrada».

—Gracias —repuso Donald al auricular y colgó.

—Bueno. Ya puedes irte, si no no terminaré nunca esas fotografías —murmuró ella.

Donald nunca había sido hombre de acción, pero tratándose de defender a Doris la cosa ya cambiaba, y sobre todo si su enemigo era alguien tan odioso como Max Liston.

Avanzó lentamente hacia la puerta, pero al llegar a la altura de

la cortina se volvió de espaldas a ella, mirando al espejo para poder observar la posición que ocupaba Liston detrás de la cortina.

—Doris. ¿Me llamarás más tarde?

—Claro que sí, pero si no me dejas no terminaré nunca el trabajo.

—Sí, sí. Ya me voy.

Había calculado la distancia y en unos segundos midió mentalmente cada uno de los gestos y movimientos que debía hacer a continuación.

Su mismo estado anímico por los últimos acontecimientos no sólo habían amargado sus sentimientos sino que los habían endurecido. Sentía deseos de hacer pagar a alguien la trampa de que había sido objeto. Era un buen momento para desahogarse.

No actuó como un profesional de las luchas violentas, pero sí lo hizo con la suficiente rapidez para sorprender a su adversario. Echó el codo hacia atrás para golpear a bulto el cuerpo de Liston, y apenas lo hubo hecho se lanzó contra la cortina.

Enzarzados los dos con la cortina de por medio la lucha se desarrolló durante míos instantes, sin ventajas para nadie, si bien la iniciativa le correspondía al dibujante, quien al notar el intento de su rival de querer esgrimir el revólver, consiguió golpearle la mano para desviar el arma.

La cortina cayó arrancada de la barra que la sostenía y en el lío, Liston perdió el revólver.

Se inclinó para recogerlo, pero quedó al descubierto. Don, le golpeó de abajo arriba alcanzándole el mentón y derribando a su adversario que lanzó una maldición y maldiciendo entre dientes pasó al ataque.

Don, desprevenido encajó el golpe, pero cuando su antagonista quiso lanzarse sobre él pudo esquivar con lo que el otro se dio con los nudillos contra el marco de la puerta.

—¡Maldito entrometido! Voy a darte una lección. Eres muy poco para mí —escupió Liston.

Atacó con un buen golpe bajo que aturdió ligeramente al dibujante y cuando quiso reaccionar era lanzado contra la pared con un poderoso gancho.

Liston ya estaba de nuevo sobre él para endilgarle otro buen directo, pero Don pudo pararlo con el antebrazo y sacudirle a su vez

al estómago.

Desprevenido Liston esta vez se inclinó hacia delante y recibió otro rechazo de su rival.

La peor técnica del dibujante quedaba compensada con una mayor fortaleza y sobre todo el deseo de vencer en la lid.

Liston sin darse por vencido volvió a la carga, pero ya el puño izquierdo de Don le había llegado al rostro por segunda vez. Su rival vio desarbolada su guardia y al trastabillar con los brazos separados del cuerpo recibió un gancho de derecha que le derribó cerca del espejo.

Se incorporó jadeante, rojo de ira y dispuesto a inclinar de una vez la lucha a su favor, pero Don más sereno y ya totalmente dueño de la situación esquivó la acometida para pasar al ataque con dos trallazos imponentes en el abdomen para rematar con un jab.

Liston estaba *groggy* pero no quería admitirlo, y daba golpes a ciegas que Don podía esquivar perfectamente para seguir atacando al mismo tiempo.

Le dio de lleno en mitad de la nariz y Liston comenzó a sangrar mientras jadeaba.

Un nuevo golpe de Don le derribó como un fardo.

Puesto de rodillas y a gatas, Liston intentó recobrar la respiración.

—¡Fuera! ¡Largo! —espetó Donald.

Doris había recogido el revólver y lo guardaba.

—No vuelvas por aquí —adujo.

—Por qué no me denunciáis, ¿eh? No tendréis otra oportunidad como ésta. Y os pesará. Os juro que os pesará. A los dos...

¿Denunciarle?

No podían. Ésa era la suerte de que podía disfrutar el matón que al fin reculó hasta la puerta y desapareció mascullando amenazas entre dientes.

—Gracias, Don. No hubiera sabido cómo librarme de él.

—No iba a dejarte sola —Don se arregló el pelo que en la pelea le había quedado revuelto.

—La foto estará enseguida —dijo ella—. La encontré cuando él llegó.

—Bueno, dame algo de beber ahora. ¿Quieres?

—Cógelo tú mismo. Sólo tengo jerez. Hay cerveza en la nevera.

—Cualquier cosa.

—¡Don! ¿Qué ha pasado? Intentaste decirme que la policía había ido a tu casa.

El se estaba sirviendo el jerez cuando asintió:

—Así es. Clarence opina que antes de ir a contar la verdad debo reunir pruebas. El me ayudará. Indagará sobre esa Eva.

—Bien. En seguida estaré. Y no te preocupes. Puedes quedarte aquí mientras todo se aclara.

—Gracias, Doris, pero quisiera que todo hubiese terminado ya.

Ella se dio prisa en terminar el trabajo. Luego salieron ambos hacia la oficina del detective.

Simultáneamente en Río de Janeiro...

CAPÍTULO XIV

Las heridas sufridas por Monroe eran demasiado graves. El intento de operarle había sido vano.

Eva había tenido que dar explicaciones a la policía del por qué era perseguida, luego estaba lo del dinero que con el aire había volado y que no había sido posible recuperar totalmente.

En el puesto de policía la avisaron de que Monroe quería verla.

El hombre parecía haber estado guardando su aliento para hablarle.

—Eva... ¿Por qué... por qué has querido traicionarme? Puedes decirme la verdad. Sé que voy a morir. —Le costaba trabajo hablar, se esforzaba.

Ella le miró en silencio.

—Vamos, Eva. ¿Lo tenías planeado?

—Sí —admitió la mujer—. En realidad fui yo quien primero te dio la idea. ¿No recuerdas?

—Sí, pero...

—Lo siento, no quería causarte ningún daño. Sólo me interesaba el dinero y esos libros. Te hubiese dejado.

—¿Por quién, Eva?

Ella no contestó.

—Confiésalo, Eva. Voy a morir. Confiésalo.

Ella dio un repaso a toda la habitación. Todo aquello se le antojaba absurdo. El moribundo, aquella habitación, la mesa de ruedas con instrumentos quirúrgicos, al lado de la cama de Monroe que seguía haciendo tremendos esfuerzos para sobrevivir.

—¿No quieres decírmelo, Eva? Anda, aproxímate, casi no te veo.

Ella accedió. De mala gana, aunque en el fondo lamentaba que todo hubiese terminado de aquel modo, pero se mostraba fría, fría como siempre, calculadora.

—Una persona se reunirá conmigo —dijo.

—¿La conozco?

Ella sonrió.

—No quisiera ser cruel contigo.

—Ya... ¡Qué más da!

Ella se decidió a hablar. Le veía mal. Quizá no podría escuchar el final de lo que Monroe deseaba saber.

—¿Quién te aconsejó el detective que debías buscar para vigilar la casa del viejo Jacobo?

—Tú... Dijiste que habías elegido un nombre al azar...

Ella sonrió débilmente.

—¡Eva! —exclamó el moribundo comprendiendo.

—Sí. Es él. Clarence Morton.

—¡No!

—Yo también quería asegurarme, Monroe. Ya te he dicho que lo siento.

—Entonces... mi disfraz... la máscara sólo me sirvió para...

—Para engañar a Donald Charenton. Nada más. Morton sabía que eras tú y sabía también que el incauto iba a ser Donald.

Hizo una pausa. Monroe seguía viviendo.

—Antes de delatarle a la policía, fingirá que le ayuda... sólo para saber si todo marcha bien. Donald puede notar algo raro, que le hiciera sospechar. Algo que echará por tierra todo el plan.

—Muy listos. Tú, él... Te felicito, Eva. Lástima que esa lección ya no podrá servirme de nada.

—Insisto en que no quería que terminase así.

—¿Cuándo... cuándo vendrá él?

—Cuando esté del todo convencido de que no queda ninguna prueba contra mí. Es decir en cuanto Donald sea detenido y arrestado oficialmente por el asesinato del viejo.

—¿Y... vendrá aquí?

—Nos reuniremos en Sao Paulo.

—Más o menos pensabais hacer lo mismo que yo. ¿No es así?

—Sí.

—¿Por qué con él? ¿No te servía yo?

—¿Por qué insistes en que te haga daño con mis palabras, Monroe?

—Sí, claro. El es más joven, más atractivo.

—Sencillamente, a él le quiero.

—Me estoy acabando, Eva. No sufro. ¿Sabes? Ahora no me duele nada, pero sé que voy a morir. ¿Quieres... quieres darme un beso?

Ella apretó los dientes. Todo seguía pareciéndole desagradable, pero no quiso negarse a los ruegos del hombre que ya era casi un cadáver. Se inclinó sobre él.

Monroe la sujetó con una mano apretándola suavemente hacia sí, buscando sus labios.

Movió con dificultad el otro brazo y palpando suavemente dio con un estilete que estaba con otros instrumentos en la parte baja de la mesa de ruedas.

Todo sucedió muy rápido, porque Monroe había guardado sus últimos esfuerzos para ser él quien pusiera punto final a la historia.

Ella trató de separarse, pero su espalda chocó con el afilado instrumento. Sintió la punzada en lo más profundo. Su boca se agrandó desmesuradamente.

El arma improvisada había entrado de lado llegándole hasta el corazón.

Monroe la soltó. Ya no podía más. Eva se enderezó extrañamente. Trastabilló.

Por fin cayó hacia delante sobre la cama, como si quisiera dar a Monroe el último abrazo.

Monroe tuvo tiempo de sonreír, hasta que su rostro quedó paralizado con aquella extraña y grotesca mueca.

Ella también estaba inmóvil.

En Londres a Don le faltaría la prueba material. La mujer que le tendió la trampa.

Pero lo peor era que sin sospecharlo iba directo a otra trampa, porque en aquellos momentos y acompañado de Doris estaba ya frente a la oficina de Clarence Morton a quien iba a entregarle la fotografía y el negativo.

—¿Por qué querrá el negativo? —preguntó Doris mientras subían la escalera.

—Dijo que a lo mejor la policía, llegado el momento lo pediría.

—Suerte de haber encontrado a un amigo, aunque no sé... Yo pienso que lo mejor sería un buen abogado.

—Hablaré con Clarence primero.

Llamaron a la puerta. El detective les recibió con una sonrisa que ocultaba sus verdaderos deseos.

Cuando tomó la fotografía y el rollo negativo preguntó:

—¿Seguro que no hay ninguna más?

—No. Es esta sola, pero se ve muy bien. Si está fichada por la policía lo sabrá.

—Claro, claro —sonrió el detective.

—Bien... ¿Crees que esto puede servir de mucho?

—Haré lo que pueda... Bueno, y ahora es mejor que os marchéis. No es que moleste vuestra presencia, pero si al superintendente se le ocurriera venir... mejor que no se entere de todo esto por el momento, ¿vale?

—Bueno, yo no puedo esconderme por mucho tiempo, Clarence.

—¡Oh, no! Lo que resuelva será cuestión de horas. ¿Dónde podré llamarte?

—En mi casa —repuso Doris.

—Perfectamente. Dame las señas y el número de teléfono. ¡Ah, qué cabeza! Ya lo anoté antes en casa de Don. Bueno, suerte y hasta la vista.

Tenía prisa en que se fueran. Prisa en terminar con todo.

La pareja se alejó por la calle. Era ya tarde. Morton esperó aún un poco más hasta calcular que ya habían llegado a su casa, entonces descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿El superintendente Stanley? —preguntó, y cuando se puso al aparato añadió—: Superintendente. Ya sé quién es su hombre. ¡Oh, perdone! Soy Morton. Clarence Morton.

—Sí, señor Morton. Nosotros también hemos localizado el domicilio de «nuestro hombre». Supongo que estamos hablando de la misma persona. Donald Charenton.

—Sí. Exacto.

—El pájaro ha volado.

—Yo voy a decirle donde podrán encontrarlo. —Y con una sonrisa cada vez más acentuada añadió—: ¿Toma nota superintendente?

Y naturalmente le dio las señas de Doris.

Donald, pues, estaba totalmente cogido en la trampa.

CAPÍTULO XV

El superintendente tenía sobre la mesa las fotografías que habían sido tomadas aquella mañana en el aeropuerto con motivo de la llegada de un ministro africano. Las examinó distraídamente.

—¿Algo nuevo? —preguntó a uno de sus ayudantes.

—¿En lo del aeropuerto? No, nada. Todo normal. Se tomaron las medidas de seguridad de costumbre. ¿Ha visto algo en las fotos?

—No, nada, pero recuerden mandarme siempre unas copias, a veces hay caras conocidas, no lo olvide, las aglomeraciones son sitios seguros para conspiradores y asesinos a sueldo.

Iba a entregar los retratos a su ayudante, cuando le anunciaron:

—Acaban de detener a Donald Charenton. ¿Quiere interrogarle usted mismo?

—Le echaré un vistazo primero y le haré un par de preguntas. ¿Qué tal él?

—Parece bastante normal en principio —repuso la voz a través del intercomunicador—. Estaba en las señas que le dio Morton. En casa de una chica. El asegura que no tiene nada que ver. ¿Qué hacemos?

—Tráiganla también.

—Ya está aquí, señor, pero Charenton está armando mucho jaleo. Dice que le obligó a ella a esconderle. De verdad en la casa había señales de lucha, una cortina había sido arrancada y había huellas de pelea.

—Bueno, bueno...

—Señor. Es que la chica asegura que la pelea fue por causa de Max Liston. ¿No le dice nada ese nombre?

—Esto ya es más interesante. Quiero hablar con ellos enseguida. ¡Vamos!

Poco después Don explicaba al superintendente toda la historia de pe a pa, contestando a las preguntas que de cuando en cuando le

dirigía el superintendente.

Al llegar al asunto de las fotografías no nombró a Morton para no comprometerle, pero en cambio cuando preguntó:

—¿Cómo han sabido que estaba en casa de Doris? No quiero que la acusen a ella de nada. Debe haber sido mi maldita patrona. Pero ahora que recuerdo... ella no lo sabía.

—¿Tanto le interesa saber quién le ha denunciado?

—Sí, señor. Me interesa. Me siento perseguido, acosado. Y ahora estoy seguro que soy inocente.

—Sí, sí, ya ha explicado el asunto de los revólveres. Pero usted entró en la casa. El dueño de un bar le ha descrito y el detective que vigilaba la casa de la víctima también.

—¿Morton?

—Sí. Ya sé que fueron compañeros de Universidad.

—¿El le dijo eso?

—El le ha denunciado, cumpliendo con su deber, claro.

—¡No puede ser!

—Por él hemos sabido dónde se encontraba usted.

—¡Demonios! Esto sí que... Pero si... Si prometió ayudarme.

—¿Ayudarle?

—Esto es otra trampa, pero no puedo..., no puedo comprender...

—Bueno, ya hablaremos de ello más tarde, ahora vayamos por lo de la fotografía de esa chica, si es conocida nuestra intentaremos localizarla.

—La tiene él. ¡Morton! —exclamó el dibujante.

—Hummm. El asunto se complica. Bueno. Se lo preguntaremos —el superintendente se dirigió a uno de los ayudantes y testigos de la declaración de Don para ordenar—: Que me pongan con Morton. Si no está en su oficina que es probable que a estas horas ya no esté, búsquenlo en su casa, donde sea. Quiero salir de dudas de una vez, y mientras, usted Charenton hábleme ahora de un sujeto llamado Max Liston. La señorita que le ha dado cobijo a usted dijo a los agentes que usted había luchado con él.

Don guardó silencio unos instantes.

—Será mejor que diga la verdad. Usted no fue exacto al decir que había luchado con ella para obligarle a esconderle, ¿verdad?

—¿Qué le harán a ella?

—Bueno. Depende de usted.

—Está bien. Sé que estoy cogido. Sí, luché con Liston. La tenía secuestrada en su casa, quería esconderse de la policía.

—Vaya —sonrió el superintendente—. Todos eligen el mismo sitio.

—Doris es una gran chica, señor. Ella no tiene la culpa. No tiene nada que ver con Liston.

—¿Y dónde está ahora Liston?

—No lo sé. Lo eché de la casa.

El ayudante encargado de llamar a Morton dio la noticia.

—Morton no contestó, señor.

—Vive en un hotelito, llame a la centralita. Creo que también tenemos el número —repuso el superintendente.

El ayudante obedeció las instrucciones de su superior y a los pocos instantes anunció:

—Me comunican que Morton se ha marchado.

—Quiere decir que... ha abandonado la ciudad.

—Sí. Eso me han dicho. Dijo que le esperaban en otro sitio y que pasaría unos días fuera. ¿Qué hacemos?

—¡Búsquenle! —exclamó Don—. El tiene la foto. ¡Y el negativo!

—Cálmese, Charenton. No tenemos nada contra Morton. El nos facilitó su pista.

—Pero ha fingido ayudarme porque debía interesarle esa foto. ¿No se da cuenta? ¡Quiere perderme!

—¿Por qué, Charenton?

—No lo sé. Me eligieron a mí... Empiezo a comprenderlo. Necesitaban un culpable. Idearon una farsa y me hicieron aparecer como protagonista. Cómo se explica sino...

—¿Insinúa que Morton...?

—¿Por qué quería la foto?

—Bien, descríbame a esa chica —pidió el policía.

—¿Qué hago? —inquirió el ayudante que seguía esperando instrucciones.

—Nada, cuélgue.

—¡No! —protestó el dibujante poniéndose en pie.

—¿Quiere dejar de chillar? Aquí las órdenes las doy yo —atajó el superintendente.

Los ojos de Don se habían quedado clavados en las fotografías del aeropuerto. La primera de ellas sacada en el tumulto de gente

enfocaba el rostro de una persona muy conocida. ¡Eva!

—¡Es ella! —exclamó.

—¿Quién?

—Esa foto... Es Eva. La muchacha de quien le he hablado.

El policía tomó la fotografía y miró a la muchacha.

—Burton, Ramsgatte... Echad un vistazo. ¿Os recuerda a alguien?

Los ayudantes tras examinar la fotografía cambiaron una mirada entre sí. Uno de ellos aclaró:

—Vilma Streissand. O Gladys Loman...; tiene varios nombres. Al menos yo diría que lo es.

El otro policía asintió.

—Bien, aunque esto no pruebe nada, Charenton, intentaremos localizar a la damisela. Ella nos dirá si es verdad o no esta fantástica historia que acaba de contarme.

—Ella negará, superintendente.

—Bueno. Todos niegan al principio, pero nosotros estamos aquí para tratar de desatar la lengua a los más reacios. Y le aseguro que a veces lo conseguimos.

CAPÍTULO XVI

Morton, que ya había hecho de antemano el equipaje, se hallaba en el aeropuerto esperando su vuelo. En principio se dirigía a París. Era el único lugar donde podría embarcar para Río de Janeiro aquella misma noche.

Sus maletas estaban sobre la furgoneta que andaba sobre la pista en dirección al avión donde iban a ser cargadas.

Consultó su reloj y sonrió cuando anunciaron su vuelo. Su sonrisa se borró enseguida cuando un agente de Scotland Yard le pidió sus documentos.

—¿Qué pasa? ¿No me estarán confundiendo con otra persona? —inquirió.

—Es pura rutina, señor.

El detective se identificó tratando de aparentar absoluta serenidad, pero de nuevo sintió como si un cubo de agua fría acabara de caer sobre su cabeza.

—Tendrá que acompañarnos, señor. Orden del superintendente Stanley.

—¡Esto es absurdo! Mi avión está a punto de partir.

—Es muy lamentable, señor. Vámonos.

Era inútil insistir y Morton tuvo que seguir.

Poco después a solas en el despacho del superintendente soltó todos los improperios de rigor, y el policía le escuchó sin interrumpirle, dejándole que se desahogase. Cuando hubo terminado, preguntó:

—Según el pasaje va usted a Río de Janeiro, ¿verdad?

—Sólo por unos días. Tengo un asunto allí. No es ningún delito.

—Viajar nunca ha sido un delito, señor Morton. Por cierto, una tal señorita Eva, que a veces ha utilizado el nombre de Vilma Streissand, el de Gladys Loman y otros también ha ido a Río... Supongo que estará disfrutando del excelente clima de aquel

hermoso país.

—¿Y a mí qué me cuenta? No conozco a esa mujer.

—¿De veras, señor Morton?

—¿Qué se propone? No me habrá llamado para...

—Le he llamado para preguntarle qué ha hecho usted de la fotografía que Donald Charenton le entregó de esa chica.

—¿Fotografía? Oiga...

—Señor Morton —el policía no le dejaba hablar, quería respuestas concretas—. Sabemos que Charenton le entregó una foto. La novia de ese dibujante sacó esa fotografía en un bar-*cabaret* cercano al Soho.

—Yo no sé nada.

—¿Le dice algo esto? —Y el superintendente le mostró parte de un rollo de película quemado. Quedaba muy poca cosa, era lo único que no había combustido.

—¿Qué... significa? —El rostro del detective cambió de color.

—Se lo explicaré, señor Morton, hemos tenido que actuar deprisa, ¿sabe? Pero cuando hace menos de dos horas, Charenton me contó una fantástica historia, pensé que una de dos: o estaba loco de remate si pensaba que alguien podía creer eso, o bien, por inverosímil podía existir algo de verdad. Luego, al decirme que había sido inducido por esa tal Eva que me mostró en ese retrato — y le enseñó la foto del aeropuerto en la que aparecía ella— ya tomé en mayor consideración sus palabras. Sobre todo por el hombre que está con ella... —Y en la foto aparecía también ¡Monroe!

Morton, palideció. El superintendente continuó con su relato:

—Monroe es un viejo conocido nuestro. Le andábamos buscando para hacerle unas preguntas. Asunto de narcóticos. Quizá usted lo sepa. Bueno, ya lo dirá luego.

El policía prosiguió:

—Aquí sí que empezó un buen despliegue. Monroe junto a la dama. Sólo faltaba saber qué hacían en Heatchrow. Mis hombres han trabajado deprisa como le digo. Supimos que se habían dirigido a Río de Janeiro. Chocante que usted tome la misma ruta, ¿no?

—Esto es... casualidad.

—Casualidad que queme la foto y los negativos de Eva. ¿Por qué? Usted dijo que no se acordaba del nombre de su amigo, pero en realidad lo que quería era hacer algunas averiguaciones por su

cuenta, como por ejemplo le interesaba saber lo que podía sospechar Charenton sobre el crimen y sobre todo destruir la prueba de esa foto.

—Yo no sabía...

—Claro, usted no sabía que existía esa fotografía, por eso se quedó, por eso me escamoteó la detención, porque precisamente usted tampoco sabía lo que buscaba en realidad. Únicamente pretendía destruir pruebas.

—Me niego a contestar.

—Bien. Imagino que tendremos que perder un poco de tiempo con usted, pero esto es precisamente lo que nos sobra. ¿Un cigarrillo, señor Morton?

Tras un silencio el detective soltó:

—Entraron en mi casa sin mi permiso.

—¿Lo dice por esos negativos?

—No prueban nada.

—Prueban que quemó usted una foto, también hay restos.

—No tenían ninguna orden para entrar en mi casa.

—Se equivoca, la tenía. Un mandamiento en blanco. Me gusta estar prevenido para estos casos. Verá, usted no estaba y el asunto corría prisa, por lo de los narcóticos.

—Yo no tengo nada que ver con narcóticos.

—¿No? Bueno... Entonces seguiré esperando que me cuenta qué le une a Eva.

Cierto que en Brasil no existe la extradición de los vivos... Pero el cónsul inglés al serle notificada la muerte violenta de dos súbditos de su graciosa Majestad, pasó el correspondiente parte a Londres, como cosa rutinaria.

Así pues, a los tres días, el superintendente sabía entre otras cosas que además del mutuo asesinato, la tal Eva llevaba una maleta con muchas libras esterlinas, parte de las cuales se las había llevado el viento.

Habló de ciertos libros que a su juicio debían de ser considerados como secretos porque en ellos habían auténticas bombas en forma de letra escrita.

Los libros tardaron otro par de días en llegar por vía diplomática y el superintendente ya no dudó de dónde habían salido aquellas alhajas que podían hacer tambalear sólidos cimientos.

Pero lo que puso todo en claro, al menos para Donald, fue aquella carta que llegó mandada por algún anónimo y dirigida a Scotland Yard.

Estaba escrita de puño y letra de Eva y decía:

«Para entregar a la policía en caso de que muera».

—Se han dado prisa en mandarla —murmuró el superintendente—. Hace dos días tan sólo que salió la noticia en los periódicos. Veamos qué tenía que confesar esa mujer.

Entre otras revelaciones importantes que nada tenían que ver con aquel asunto, explicaba más o menos el último plan que titulaba cínicamente:

«Operación Usurero».

Luego salían los nombres de Monroe y de Morton.

«... quizá uno de los dos intente librarse de mí. Si es así, la policía ya sabrá lo que tiene que hacer...»

Decía uno de los párrafos.

Luego había un nombre en blanco.

«Ignoro quién será el que pague los vidrios rotos. Pero quien quiera que sea, déjenlo libre puesto que si esta carta es leída por la policía, a mí ya no me importará que se sepa la verdad, puesto que ya no perteneceré a este mundo. Claro que, ya procuraré yo de que nada me ocurra...»

Aquí ella no acertó.

Stanley murmuró:

—Bien... el nombre en blanco, «el de los platos rotos», es nuestro dibujante. Por cierto. ¿Dónde está?

—Le dejó usted en libertad condicional mientras se aclaraba todo —le informaron.

—¡Oh, sí, claro! Bueno, pues comuníquenle que el asunto está zanjado. ¡Ah! Y tráiganme a Morton. A ése le empezarán los problemas ahora...

¿Problemas?

¿Acaso no los tenía Donald?

Atardecía ya, pero seguía junto a Doris al borde del lago. Ninguno de los dos dio importancia al hombre de la barba que llevaba muy subidas las solapas de su gabán. Hablaban de sus cosas. Donald estaba comentando:

—Ahora las cosas cambiarán. He necesitado estar mezclado en este escándalo para darme a conocer. Dos editores se han interesado por mis dibujos.

—La verdad es que son buenos, Don.

—No me adules. Quizá no sean de lo mejor, pero es lo único que sé hacer.

Fue entonces cuando el viejo se precipitó sobre los dos. Sólo al tenerle encima le reconocieron. Debajo de aquella barba de varios días se escondía el rostro de Max Liston.

—¡Quieto, pintamonas, o pincho a tu adorada Doris! —Llevaba un cuchillo que aproximó al rostro de la joven al tiempo que se cubría con su cuerpo—. Ni un paso adelante, ¿sabes? Tengo una deuda con los dos. Y me gusta pagar.

—Está loco, Liston. La policía le busca...

—Te encontrarán primero a ti, chico. Te lo aseguro. Ahora sigue andando, delante y no hagas tonterías. Cuando salgas del parque echa por el callejón y cuidado, piensa en ella.

La proximidad del cuchillo al rostro de Doris le hizo temer por su suerte, pero ella, decidida como siempre, hizo un quiebro. Liston trató de agredirla, pero Donald, con gran rapidez de reflejos, le desvió el brazo. Cuando Liston se revolvió, el dibujante le golpeó en el pecho.

Liston perdió el equilibrio, la proximidad del lago protegido con una red metálica a un palmo del suelo, le hizo tropezar y perder el equilibrio. Cayó al agua.

—¡Vamos a buscar a un agente, deprisa! —exclamó Donald.

EPÍLOGO

Aquella noche sonó el teléfono del rellano. Donald no esperaba ninguna llamada, pero salió a cogerlo y se encontró con la voz del superintendente.

—¿Ocurre algo?

—No, Charenton. Únicamente quería felicitarle.

—¿A mí?

—Sí. Teníamos a toda la banda de distribuidores de narcóticos, sólo nos faltaba Liston y usted nos facilitó su captura. Le pescamos mojado, pero le pescamos.

—Oh..., en realidad él se lo buscó.

—Sí, sí... Ya me lo explicaron los agentes.

—Les encontramos enseguida y entre ellos y yo rodeamos el pequeño lago... Doris también colaboró.

—Felicítela también, Charenton. Nada más. No quiero robarle su tiempo.

—Adiós, superintendente. —Colgó.

Dentro de la casa se reunió con Doris con quién estaba terminando la velada.

Iba a decirle algo tras cerrar la puerta, pero prefirió besarla.

En aquellos momentos, lejos ya la pesadilla y con un futuro esperanzador, sobraban las palabras.

Doris le devolvió el beso con la vehemencia característica en todas sus acciones.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

